EL DUENDE VERDE

EL ÁRBOL GENEALÓGICO

Antonio A. Gómez Yebra

Ilustración: María Corredera



ANAYA



EL DUENDE VERDE

Antonio A. Gómez Yebra

EL ÁRBOL GENEALÓGICO

Ilustración: María Corredera

Querido Lector

Mis queridos amigos:

Lo más satisfactorio para un escritor es que lean sus obras y, en este caso, *El árbol genealógico*.

Se trata de un libro donde recojo material de mi propia vida, pues entre mis antepasados los hay de varias zonas del país, y yo he vivido en la mayor parte de ellas. O las he visitado. Hablo, pues, de lo que conozco.

No he incorporado Salamanca, donde viví durante cuatro años de mi adolescencia. Ni Málaga, donde resido desde hace bastantes años. Pero la localidad donde viven los personajes es suficiente. Y fácil de descubrir.

Respecto a las aventuras de Braulio con las gaviotas, es algo que puede ocurrir: antes se alimentaban exclusivamente de peces, porque había muchos.

Últimamente van a los basureros municipales para aprovecharse de los restos que los seres humanos desechamos. O a los patios de los colegios, buscando algún bocadillo tirado (o caído) al suelo.

No me extrañaría verlas luchando por su comida con cualquiera de vosotros. Por tanto, tened siempre los ojos bien abiertos si vais por lugares costeros. Ellas también tienen derecho a alimentarse, como cualquiera.

Nosotros, por supuesto, también nos alimentamos leyendo.Por eso: ¡GRACIAS!



A Victoria Pozo Gómez,
tan chiquita todavía.

1

A ESTAS ALTURAS de curso, a mi profe se le ocurrió el martes que hagamos un árbol genealógico. ¡Si ya lo hicimos en infantil! Y, no es por nada, pero me quedó chulísimo. Yo creo que era el mejor de toda la clase y de todas las clases del mundo. Si lo llego a saber, lo habría guardado bien guardado y se lo daría tal cual a doña «Mírame a mí».

Pero eso fue hace cinco años, y en cinco años pasan muchas cosas: nos cambiamos de ciudad, nos cambiamos de casa, tuve que cambiar de colegio, tuve que cambiar de amigos. Nos cambiamos de todo. Y aquel árbol genealógico se quedó por el camino, o en la basura, no me acuerdo. Antes del traslado tuvimos que tirar muchas cosas, vender algunas, regalar otras…

Mi padre estaba cansado del frío y del calor de Madrid, aburrido de ir a trabajar en metro, tantas horas bajo tierra, como un topo. Y los demás, también. Especialmente mi madre, que siempre decía: «Necesito el sol y el mar para pintar. Necesito luz, necesito color…, necesito aire…, aire puro y limpio, aire con sabor a sal, aire que me inspire…, aire que respire sin peligro».

Desde hace tres años vivimos en un sitio…, bueno, pues eso…, un pueblo, una ciudad, no sé… Está al sur, tiene playa, y por eso nos visitan y nos rodean miles de turistas. Empieza por efe y tiene todas las vocales. En la biblioteca del cole encontré en un libro una adivinanza donde aparece en la última palabra, pero aquí voy a poner solo la primera letra:

Las cinco chicas de Aurelio,
cuando se sienten muy solas,
trepan por un eucalipto
situado en F_____.

AURELIO tiene las cinco vocales, EUCALIPTO tiene las cinco vocales, SITUADO EN tiene las cinco vocales… y F_____ tiene las cinco vocales. También las tienen MURCIÉLAGO, y VESTUARIO, y ESCUÁLIDO, y muchas otras palabras, pero eso es lo de menos.



Por aquí no hay muchos eucaliptos, la verdad, pero no importa. Ni las chicas de la adivinanza son niñas de verdad, más bien parecen koalas. Ni conozco a ningún Aurelio. No creo que viva ni uno solo aquí (a lo mejor es el autor de la adivinanza). En F_____ la mayor parte de la gente es extranjera. De todos los colores de pelo: rubios, morenos, pelirrojos, blancos, grises… Y de todas las razas y tonos de piel. Cuando vas andando por la calle, puedes oír hablar en cientos de idiomas: inglés, alemán, sueco, francés, italiano, chino, ruso, árabe, y otros que ni siquiera sé cómo se pueden llamar y, desde luego, no puedo escribir ni pronunciar.

En mi colegio, desde hace algún tiempo (no sé desde cuándo, porque ya estaba cuando yo llegué), hay un mapamundi enorme pintado en la pared de la entrada. Están resaltados todos los países de los que han venido niños para vivir y para estudiar aquí.

Así que somos muy internacionales. Y nos gusta.

También le gusta a «Mírame a mí», nuestra profe.

Es muy guay. Y muy moderna. Usa gafas de pasta roja, lleva el pelo muy cortito, pintado de rojo, tres *piercings* en una oreja, y cuatro en la otra, un tatuaje de un lobo en el brazo izquierdo y uno de un panda en el derecho. Cosa chocante…

Se llama Virna, porque su abuelo era fan de una actriz italiana, y estaba empeñado en que alguien de su familia se llamara así. Tan pesado se puso que se lo pusieron a ella. Por lo menos es original.

Pero nosotros la llamamos «Mírame a mí». Por dos razones: siempre se está poniendo de ejemplo («Mírame a mí») y, cuando pretende que le prestemos atención dice: «Mírame a mí».

—Mírame a mí, Braulio —me dijo el otro día—. ¿Sabes quién descubrió la pólvora?

—Don Polvorón —se adelantó Roque, tan gracioso como siempre.

—Tú cállate y responde cuando te toque…, no te pases…

—Pero si yo solo he intentado…

—Cuando te toque, Roque, cuando te toque. No seas alcornoque…

Y toda la clase se rio. Incluso Marieta, que suele estar callada.

—Mírame a mí, Braulio, y responde. ¿Lo sabes?

—Pues no… ¿Los chinos?

—Acertaste, como el burro flautista.

—Hi-hooo, hi-hooo —rebuznó Roque…

—Sin recreo, Roque… Ya está bien —dijo «Mírame a mí».

En ese momento sonó la sirena. Y nos pusimos en movimiento. Todo el mundo abrió su mochila y sacó su bocadillo, su fruta, su botellín de agua…

Roque se levantó con sus cosas en la mano, dispuesto a salir al recreo.

—Tú no vas al patio hoy, Roque —lo interrumpió «Mírame a mí» poniéndosele por delante para impedirle avanzar.

—¿Pero por qué, seño? —se quejó, y miraba a la profe con ojos tristes.

—Lo sabes muy bien. Por rebuznar a destiempo. Aunque lo cierto es que te sale muy bien: clavado, clavado… Un perfecto burro.

—¿Puedo ir al servicio?

—Desde luego. Cuando salgan tus compañeros y no quede nadie rondando por los pasillos, te dejaré ir. Pero te daré solamente tres minutos. Y te sobrarán dos.

—Seño, no hay derecho…

—Pero hay izquierdo, y hoy te has levantado con el pie izquierdo…

—Si solo he rebuznado un poquito… Solo he hecho «¡Hi-hooo, hi-hooo!» una vez.

Todos los que quedábamos aún en clase nos reímos. Hasta la seño se rio.

—Cada uno tiene que cargar con las consecuencias de sus actos. Ya lo sabéis. Tenéis que ser responsables. Si te haces el gracioso cada dos por tres…

—Seis —completó Roque.

—Tú sigue así… —lo miró «Mírame a mí»— y te mandaré al despacho de la directora.

—Allí hay aire acondicionado, seño… ¿Puedo ir ya?

—No. Todavía te faltan unas cuantas gansadas más para adquirir el derecho a disfrutar del aire acondicionado del despacho de la directora.

—¡Uf, profe! ¡Déjeme salir al patio! No lo haré más… Lo prometo.

Solo quedábamos la seño, Roque, y yo. Los otros habían desaparecido por

la puerta en dirección al patio, donde los niños íbamos a jugar un partido contra los de quinto B.

—¿Qué es lo que prometes?

—No rebuznaré más en clase. Nunca jamás.

—Repítelo delante de Braulio, para que yo tenga un testigo —lo invitó la seño.

—Nunca, jamás de los jamases rebuznaré en clase. Lo prometo. ¿Puedo irme?

—Está bien. Salid pitando los dos y procurad no tropezaros por los pasillos, para que no tengáis ningún accidente.

Roque salió de clase antes que yo. No pude alcanzarlo.

Y ya tenían formados los equipos. Como somos de los mayores del cole (solo son más grandes los de sexto, pero esos no juegan al fútbol, esos prefieren el baloncesto), mis compañeros habían cogido el campo y estaban listos para empezar.

Siete por cada equipo. El siete es mi número favorito, porque nací el 7 de julio, que es el mes número siete, y lo llevo siempre en mi camiseta. Pero ya me di cuenta de que no habían contado conmigo. Sé por qué: soy el más bajito de la clase, y uno de los más delgados. Con cualquier empujón me voy al suelo… Pero, bueno, ya estoy acostumbrado.

Shashenka, que es un niño ruso de mi clase, me llama Pashenka, que suena casi igual, pero, según él, su nombre significa «defensor de la humanidad», y Pashenka significa «pequeño».

Pero, según mi padre, Braulio significa «espada», o «incendio», de modo que también puedo ser un defensor de la humanidad y convertirme en un dragón. Un dragón con espada, no está mal, ¿a que no? ¡Cualquiera se metería conmigo!

El caso es que ya estaban jugando; y yo, mirando. Marieta, Fátima, Charlize, Mia, Birgitta y Amelie formaban su grupito de niñas buenas, como las que no quieren la cosa, hablando por lo bajo… a lo suyo, pero pendientes del partido. Un poco más allá, Edda, Pili, Nuria y no recuerdo quién más cuchicheaban también, pero sin atender al partido de fútbol.

Al otro lado del patio, debajo de los árboles, Yvonne charlaba con su

hermana Nicole, que está en segundo. Me sé casi todos los nombres de los niños y niñas del cole. No somos tantos y, al ser tan distintos, es fácil.

Según mi padre, yo tenía que haberme llamado Fermín, porque nací el día de san Fermín, que es un santo muy famoso, sobre todo en Pamplona, pero mi madre no quería ese nombre porque según ella tenía que ver con los toros, y mi hermana tampoco, porque le sonaba a «enfermín», y no quería que yo estuviera siempre enfermo. Pero eso no me lo creo, porque entonces solo tenía seis años. Lo dice ahora.

Así que cada uno escribió dos nombres en dos papeles diferentes, los doblaron, los metieron en una bolsa y los agitaron. Salió Braulio, que era uno de los dos que había puesto mi hermana (el otro era Bruno). Clara se salió con la suya. Y yo me quedé para siempre como Braulio, aunque la profe dice que, si tu nombre no te gusta, ahora te lo puedes cambiar.

Yo me lo cambiaría si me llamara Marcos de Puertas, o algo así. Pero Braulio está bien: solo le falta la e para tener las cinco vocales. Mola.

Allí estaba yo, más solo que la una, porque Roque se había esfumado, cuando por detrás de mí apareció Quintín.

Quintín es mi mejor amigo. Además vive en mi mismo bloque. Nosotros, en el octavo A y B, y su familia, en el décimo C. Lo conocí el mismo día en que llegamos de Madrid. Tuve suerte. Él está en quinto B. Yo, en quinto A.



—¿Por qué no juegas? —me preguntó agachándose para decírmelo al oído. Porque es bastante más alto que yo. Parece de sexto o de la ESO.

—He llegado tarde. Ya estaban preparados para jugar cuando yo vine.

—Pero te gustaría jugar…

—Otro día…

—Venga ya…, estás loco por jugar.

—Hombre, loco, loco, no…

Fue entonces cuando a Lars, que es un niño sueco, le dieron una patada en la espinilla y cayó al suelo gritando como si le hubieran roto la pierna izquierda, que se cogía con las dos manos.

«Mírame a mí» y don Materno aparecieron como salidos del centro de la

Tierra y fueron adonde estaba Lars.

—No es nada, Lars, no es nada. Solo el golpe —decía don Materno, el profe de Educación Física, que lo llevaba en brazos como si pesara como una pluma o menos, porque está cuadrado.

—Venga, ofrécete tú. —Me empujó Quintín y casi me tira al suelo.

—Juego yo por él. —Me animé y entré sin que nadie dijera que no.

Perdimos. Los de quinto B son muy buenos. Pero yo jugué un buen rato.

Llegamos a la clase sudando como pollos y discutiendo varias jugadas en las que podíamos haber marcado algún gol. Como casi siempre. Tampoco fue para tanto: tres a uno.

Roque y Lars estaban en clase, cada uno en su sitio.

Lo de Lars era normal. Lo de Roque no terminaba de entenderlo. ¿Lo habría castigado la seño otra vez?

—Bueno, bueno, bueno… Vamos a hacer un repasito de Sociales. Aunque también habría que hacerlo de «Suciales», porque algunos venís «algo» sucios. Parece que habéis disfrutado bastante, ¿no es cierto?

«Mírame a mí» se puso en pie y nos fue dando pañuelitos de papel a todos los que sudábamos. ¿A que es súper superguay?

2

YA HABÍA comprado la cartulina. En el bazar de Shaoran, que está en quinto B, aunque debería estar en sexto.

Así que me puse en la mesa del salón. Con mis colores, la regla, el lápiz, la goma, el sacapuntas. Todo listo. Al otro lado, mi padre, con su *tablet*.

—Papá, ¿me vas a ayudar a hacer el árbol genealógico?

—Estoy leyendo un artículo muy interesante sobre el comportamiento de las aves en cautividad, déjame ahora. Que te ayude Clara…

—¡Clara, ¿me puedes ayudar a hacer el árbol genealógico?! —grité, porque ella estaba encerrada en su cuarto.

Mi hermana no dio señales de vida. Seguramente tenía puestos los cascos mientras escuchaba música o trasteaba en el móvil tecleando a toda velocidad y sonriéndose o riéndose descaradamente de vez en cuando. O las dos cosas.

En ese momento entró mi madre con una revista de decoración en la mano. Su revista favorita.

—¡Mamá!, ¿puedes echarme una mano con el árbol genealógico?

—Puedo, cariño, aunque el trabajo es tuyo, no mío. Así que tienes que apañártelas tú solito, hijo. Ya te ayudé bastante cuando lo hiciste en infantil. ¿Adónde fue a parar aquel árbol?

—A la basura, seguro.

—Tiempo perdido, trabajo desperdiciado. ¿Tienes un folio?

—Aquí. —Y levanté la cartulina para enseñarle dos folios que tenía debajo.

—Es muy fácil. Nada más fácil.

Mi madre cogió un folio y el lápiz negro. Primero se rascó la cabeza con el lápiz y, en una décima de segundo dibujó el esquema de un árbol en el papel. Del tronco salían dos ramas bien gordas, de cada rama salían otras dos

más delgadas y cortas, y de cada una de estas cuatro salían otras dos más finas y pequeñas. En lo alto del árbol, en cada rama pequeña, dibujó un círculo.

—Esto es un árbol, pero, si no te gusta, o no lo quieres así, puedes hacerlo de esta otra forma.

Separó el primer folio y cogió el segundo. Volvió a rascarse la cabeza con el lápiz y se puso a hacer cuadritos sobre el papel.

—¡Listo! Ocho cuadros en la fila de arriba, para los bisabuelos; cuatro, en la segunda, para tus abuelos; dos, en la tercera, para tus padres; y uno en la cuarta fila, para ti. ¿Qué te parece?

No dije nada. Solo miraba los dos folios y los comparaba. Me parecía imposible haber hecho aquello en un plis plas.

Mi madre es una *crack*.

—Estos son dos esquemas clásicos para hacer árboles genealógicos. Aunque no se trata de que yo te lo haga, sino de que lo hagas tú basándote en estos apuntes. —Y se sentó en su sofá favorito para hojear la revista.

—¿Qué es todo esto? ¿Vas a hacer un árbol genealógico otra vez?

Mi hermana acababa de entrar en el salón con el móvil en la mano derecha y un batido de chocolate en la mano izquierda, mirando lo que había en la mesa.

—Échale una mano —dijo mi padre sin quitar los ojos de la pantalla de la *tablet*—. Te ha estado llamando para que le ayudaras, pero tú flotarías en tu mundo virtual, como siempre. Con tu mejor amigo: el señorito móvil.

—¿Yo? ¿En mi mundo virtual? ¿Con el móvil? ¡Por favor, papá! ¡Estaba preguntando a David qué ejercicios de Lengua teníamos para el lunes!

—Seguro…, me lo creo… ¿Y sabes ya cuáles son?

—Él tampoco lo sabía…

—Otro que tal baila… ¿Tú estabas en clase cuando Candi los puso?

—Papá, por favor… Si pudiésemos usar el móvil en clase, los habría anotado en él, pero como no se puede… pues…

—Te entiendo… Si os dejásemos usar el móvil en clase, los profesores estaríamos de más, y vosotros no dejaríais de mandaros wasaps y de mirar páginas de jueguecitos e incluso vídeos.

—Yo no haría eso, papá, tú lo sabes…

—Tú harías lo mismo que los demás en cuanto no te estuviera vigilando el profesor de turno. Además, tienes una agenda donde anotar deberes y otras cosas del instituto. Yo fui quien lo propuso cuando llegamos de Madrid, y a todos los demás profesores les pareció bien. Hasta al rancio de Álvaro, que nunca está de acuerdo con nada. Pero no te preocupes, ahora mismo llamo a Candi y le pregunto. ¡Supermán al rescate…! ¡Adelante, una y mil veces! —Y cogió su móvil, que tenía a la izquierda de la *tablet*.

—¡Papá, por favor, no la llames!

—Termínate el batido y tira el tetra brik al cubo de reciclables. Déjame a mí. Le enviaré un mensajito.

Mi hermana, enfadada, sorbió con fuerza de la pajita y se atragantó.

—¡Coj, coj, coj!

El buche de batido salió disparado en miles de gotas, aterrizando en los dibujos que había hecho mi madre, en la cartulina, sobre los lápices y la goma, y sobre el resto de la mesa. La *tablet* y mi padre se salvaron por un pelo. Aunque algunos libros de una estantería también recibieron su parte.

—¡Coj, coj, coj! ¡Coj, coj, coj!

Mi hermana seguía tosiendo y salpicándolo todo con gotitas de batido de chocolate. Mi madre saltó desde el sofá y se puso a darle golpecitos en la espalda.

—¡Coj, coj, coj!

—¡Agacha la cabeza…! ¡Tose fuerte…! ¡Se está ahogando…! —Y miró a mi padre, que no se había movido.

Mi padre, finalmente, viendo que no se iba a ahogar, fue a por el cubo y la fregona, y le dio un repaso al suelo, mientras mi hermana tosía y lloraba al mismo tiempo, y mi madre le daba un pañuelo tras otro.

—¿Y yo qué hago ahora?

—¡Callarte! Tu hermana por poco se ahoga, y tú vienes con esas…

«No, si al final yo voy a ser el culpable» —pensé. Pero no dije nada, porque ¿para qué? La protagonista era Clara, estaba claro.

Sabía que aquello no tenía solución, pero fui a por un rollo de papel a la cocina, cogí un par de trozos y me puse a limpiar la cartulina, los folios, los

lápices de colores, la goma, la regla, la mesa y los libros de la estantería.

Mi hermana estaba lloriqueando, abrazada a mi madre; las dos en el sofá grande. Mi madre le alisaba el pelo, y ella se dejaba hacer, como si tuviera cuatro o cinco años en lugar de dieciséis.

Recordé una adivinanza que había leído en un libro de la biblioteca del colegio y que cuando se la dije a mi hermana no daba con la solución:

Es la que prefiere Clara
como mejor compañía
aunque su amarilla cara
sobre la sartén se fría.

No hay que ser muy listo para acertarla. Pero le costó bastante.



Mi padre, que había vuelto a llevar el cubo y la fregona a su sitio, seguía a lo suyo. Con la *tablet*. Como si no hubiese pasado nada. Nunca deja de leer. En papel, en la *tablet*, en el móvil, en el ordenador…

Dudo mucho que nadie, en ningún lugar del mundo, haya leído más que él. En casa (y mi casa son dos pisos juntos) hay libros en las estanterías del pasillo, en cada habitación, en la terraza, en el salón y hasta en los baños… Sí, hasta en los baños. Y debajo de cada cama… Miles de libros de todo tipo. En un trastero hay unas cuantas cajas con libros; en el otro, cuadros de mamá para la próxima exposición.

Pero volviendo a lo otro… Yo no creo que mi hermana se hubiera ahogado, aunque una vez oí en la tele que un hombre se había asfixiado comiendo jamón; y otro, bebiendo agua. ¡Bebiendo agua! ¿Cómo se puede uno ahogar bebiendo agua? ¡Ni que se hubiera tragado una laguna entera! O el agua estaba contaminada… Pero, no, no fue por eso…; fue porque se le había ido a los pulmones. Hay que ser bruto…

Como Roque. Porque, al final, me enteré de por qué estaba en clase con Lars antes de que llegáramos los demás.

—Bueno, ya está bien —dijo mi madre, separándose de Clara, que abrió los ojos (y los tenía rojos de verdad, como un tomate…, bueno, como un vampiro, más bien), y se enderezó un poco.

—Tengo dos euros. Puedo bajar a comprar otra cartulina para el árbol genealógico —propuso mi hermana, levantándose.

—Me parece bien —dijo mi madre—; tenemos que ser responsables de nuestros actos. —Y me recordó a la seño.

Yo, callado, porque calladito estás más guapo, como dice «Mírame a mí».

—Buena idea. Pero no hace falta que te gastes tu dinero. Ha sido sin querer.

Mi padre sacó el monedero del bolsillo y le tendió un billete de cinco euros a mi hermana.

Clara lo cogió sin decir «gracia» ni nada y lo dobló varias veces. Yo pensé que al final ella iba a quedar como una reina, y con la vuelta, porque a mi padre se le olvidaría pedírsela.

—Vete tú con ella. Así puedes escogerla del color que te apetezca —propuso mi madre—; quizás un tono verde manzana le vendría bien como fondo a tu árbol. O blanca. El blanco da mucho juego. Mientras vais y volvéis, te haré otro par de esquemas de árboles, Braulio.

—También puede mirar por Internet. Debe de haber miles de tipos diferentes de árboles genealógicos, desde los más sencillos, como el que hizo en infantil, a los más complicados. Seguro que los hay. Cuando termine con este artículo voy a hacer un repaso, y luego te lo cuento.

Mi hermana fue a su cuarto, se puso unas sandalias, cogió las gafas de sol con cristales azules de espejitos y abrió la puerta mientras se hacía una coleta.

Yo estaba mirándola junto al mueble de la entrada.

—¿Vienes, pequeño?

—Mamá, Clara me ha llamado «pequeño» —protesté.

—Venga, hombre, no te enfades. Ser el pequeño de la casa tiene muchas ventajas… Vete ya con tu hermana…

—No es por eso, mamá, y tú lo sabes…

—Venga… Coge la puerta y sal por piernas…

Salí mosqueado. No es lo mismo ser el pequeño de la casa que ser pequeño de estatura. Sobre todo si eres más bajito de lo que te corresponde por tu edad. Sin ir más lejos, Quintín es más alto que mi hermana, aunque aún no ha cumplido once años.

Mi padre me dice a menudo que ya daré el estirón. Cuando cumpla once, o doce, o trece años.

—Yo crecí doce centímetros de los trece a los catorce años. Cuando empecé aquel curso era el más bajito de la clase. Y en junio era de los más altos. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien —le digo yo—, y estoy deseando que pasen los próximos tres años lo más rápidamente posible. A ver si me pongo a la altura de Shashenka, de Justin o de Lars, que son los tres más altos de mi clase. O tan alto como Quintín, que les saca una cuarta a todos.

Y, por supuesto, más alto que Roque, el alcornoque. El gracioso que se había acercado a la fuente del patio, pisó la palanca, salió el chorro del agua y colocó un dedo en el pitorro, de forma que puso pingando a todos los que

estaban alrededor.

Sin darse cuenta de que «Mírame a mí» lo miraba a él sin pestañear. Por eso estaba en clase con Lars cuando volvimos del recreo.

—Cada uno tiene que ser responsable de sus actos —le había dicho la seño, y se lo había llevado para la clase directamente, a disfrutar de su asiento verde manzana.

3

YO NO iba de buen humor, precisamente. A mi hermana le gusta chincharme de vez en cuando. ¡Ni que ella fuera gigante!

Pues no lo es. Mide 1,60; y va que chuta: normalita. Yo mido 1,35. Veinticinco centímetros menos. Y treinta menos que Quintín. Cuando voy con él parezco su hermano menor, o un primo lejano.

La última vez que mi padre me midió, mi madre dijo:

—A fin de cuentas, no eres tan bajito. Y siendo bajo también puedes llegar muy alto. Mides exactamente igual que el actor Peter Dinklage, famosísimo por trabajar en la serie *Juego de Tronos.*

—Tyrion Lannister, ¿no? —añadió mi padre, que seguía nuestra conversación.

—El mismo. Pero no por ser el más bajo de todos es menos importante. ¿De acuerdo?

Cada cual es como es. Claro. Pero… ¿Tienes la nariz larga? Te llaman Pinocho. ¿Pesas más de lo normal? Te llaman Gordo, Michelín, Albóndiga… ¿Estás delgado? Te llaman Fideo, Espagueti, Flaco. ¿Tienes las orejas algo grandes? Estás perdido: te llaman Burro, Orejón, Abanicos… ¿Mides menos que la mayoría de niños de tu edad? Te llaman Enano, Chiquitín, Pequeño, Hormiga…

Aunque nadie es del todo normal. Por lo tanto, todo el mundo es anormal. Así que lo anormal es lo normal. ¡Toma ya!

Peor es tener la cabeza hueca, como algunos que yo me sé. O llena de serrín. Lo mejor, como dice mi padre, es no tener un pelo de tonto. Por eso él está calvo. De tanto pensar, de tanto estudiar… Mi padre tiene siete carreras, ¡siete carreras!, mi número preferido, el número perfecto. Una vez le hicieron una entrevista para la radio y la oímos por casualidad cuando íbamos los

cuatro juntos en el coche, porque la dieron al día siguiente.

Nunca más ha querido que se las hagan. Le da vergüenza. Pero no deja de estudiar, de leer, de hacer crucigramas de todos los tipos. Tan deprisa que escribe más rápido de lo que cualquiera puede leer. Incluso uno imposible de resolver: EL DIFICILÍSIMO, que no se entienden ni las preguntas.

—Los hago para no oxidarme. Así ventilo mis neuronas —suele contestarme.

Yo me conformo con encontrar los siete errores en el periódico, no porque sea mi número favorito, sino porque se llama así el pasatiempo donde ponen dos cuadros muy parecidos, pero tienen siete detalles diferentes.

También me atrevo a rellenar algún dibujo donde hay una serie de puntos y tú tienes que ir de uno a otro, hasta completarlo. Lo mismo te sale un perro volando que un señor tocando una gaita. No dibujo nada mal. Y hago algún crucigrama pequeño.

—Así se empieza, Braulio… Así se empieza… —me dice cuando me ve con el periódico y el lápiz en la mano, intentándolo.

Bueno, pues eso… Mi hermana iba delante de mí y le dio al interruptor para que se abriera la puerta de la calle.

Hacía bastante calor, aunque estamos a finales de mayo, y una mujer que parecía japonesa iba por la acera con un paraguas abierto cubriéndose la cabeza. Convirtió el paraguas en un parasol. Pues, mira, es lista, así le saca partido al paraguas, porque, aquí, llover, lo que se dice llover, llueve poco.

La calle estaba tranquila. Muy tranquila. Tranquilísima. Como si todo se hubiera parado. Como si no hubiera relojes, ni móviles, ni coches, ni motos, ni trenes, ni batidos de cacao que se cuelan por donde no les corresponde.

Fue entonces.

Justo entonces algo llegó volando y se puso en la cabeza de Clara.

Mi hermana empezó a gritar, aterrorizada, porque no se atrevía a quitárselo.

—¿Qué es esto, qué es? ¡Quítamelo, Braulio! ¿Es un murciélago? ¡Socorro! ¡Haz algo! —Y se había agachado para que yo pudiera ayudarle.

Lo hice.

Cogí aquel pajarito blanco y con algunas plumas celestes, que había

llegado volando desde no se sabe dónde, y se le habían enredado los deditos de las patas en el pelo de mi hermana.

—¡Puaj! ¡Qué asco! —gritaba—. ¡Tíralo por ahí! ¡Suéltalo! ¡Échalo a volar! ¡No lo soporto! ¡No soporto a los pájaros! ¡Tienen pico y son asquerosos!

Clara recogió las gafas del suelo y se enderezó.

—¡Suéltalo!

Abrí las manos para que se fuera, pero el pájaro no se movió. No estaba asustado por los gritos de mi hermana, porque, si hubiera sido así, se habría largado con viento fresco. Parecía que se sentía a gusto en mis manos.

—¡Échalo ahí, en el césped! ¡Empújalo hacia los árboles!

Yo notaba el calor del cuerpo del pájaro y hasta los latidos de su corazón. Y me daba pena.

—A lo mejor piensa que mis manos son su nido.

—¡Menuda chorrada! Se habrá escapado de alguna jaula.

—O del zoo.

—También puede ser. Pero no lo creo. Ponlo en el césped —repitió.

—Me da la impresión de que no quiere irse.

Clara se peinaba con los dedos, ya un poco más tranquila. Y volvió a ponerse las gafas.

—No es tuyo. Debes dejar que se vaya…

—Tienes miedo, eso es lo que pasa…

—A mí no me da miedo un pajarito como ese. ¡Ni que fuera un pterodáctilo!

—¿Un qué? —pregunté, aunque me sonaba de una película, no sé si era *Parque Jurásico*.

—Eso: un pterodáctilo, un pájaro primitivo, un pájaro que no era pájaro: un pajarraco… No sé si estará el primero en el árbol genealógico de los pájaros, pero ahí, ahí… ¡Suéltalo de una vez, y vamos a por la cartulina!



—Me da pena.

—¡Venga ya! ¡Lárgalo!

Abrí otra vez las manos, pero estaba claro que el pájaro no se quería ir. Se sentía muy a gusto conmigo, y yo con él. Ya me estaba imaginando tenerlo como mascota.

—No quiere irse.

—Tú ponlo en el césped, y vámonos…

—Si lo pongo en el césped puede venir un gato, o un perro, y no me lo quiero imaginar… Es precioso. Me parece que no vuela mucho.

—Tienes dos opciones: lo dejas en el suelo, o te lo llevas. No es tuyo. Si lo dejas por aquí, en el césped, a lo mejor viene a recogerlo su dueña, que será una viejecita con moño y con gafitas redondas que se ha dejado abierta sin querer la puerta de la jaula; o te lo llevas a casa, y ya verás lo que pasa…

No lo podía dejar allí. De ninguna manera. No era mío. Pero se sentía a gusto conmigo. Y yo, con él. Tan calentito, tan blandito, tan…

—Yo no me lo llevaría a casa nunca en la vida. Mamá te va a decir que busques a su dueño o dueña.

—Papá me va a decir que lo piense bien antes de decidir. Pros y contras de tener un pájaro… Estaba leyendo un artículo sobre el comportamiento de las aves en cautividad.

—Me das la razón. Los pájaros tienen que vivir libres, no enjaulados.

—Podemos tenerlo suelto por la casa…

—¡Tú estás loco! ¡Suéltalo ya! Lo pondría todo perdido de caca. Mamá le abrirá las ventanas para que se marche lo antes posible. A lo mejor su dueña, la viejecita, dejó abierta a propósito la puerta de la jaula. Estaría hasta el moño de limpiarle la jaula y de echarle alpiste, o lo que sea.

—Me lo voy a llevar. Digas lo que digas. ¿Cómo sabes que su dueña es una viejecita? A lo mejor es un señor barbudo y barrigón. O un gigante, como Yao Ming.

—¿Qué dices, niño? ¿Quién es ese Yao no sé qué?

—Yao Ming. Uno de los hombres más altos del mundo. Lo vi por Internet. Es chino y era jugador de baloncesto. Ya se retiró. Mide 2,29. Ríete del

mundo… Casi un metro más que yo.

—Allá tú. A mí no me compliques la vida, ¿eh? Me da igual si mide dos metros, como si mide tres. Ni ese gigante chino, ni este pájaro pequeñajo te van a resolver tu árbol genealógico, y no creo que hayan vivido nunca en un árbol. Vamos a comprar la cartulina de una vez.

Clara echó a andar, pero a mí se me ocurrió otra cosa sobre la marcha.

—Espera un momento, voy a entrar aquí.

Mi hermana se quitó las gafas y se puso a limpiarlas con el borde de la camiseta, mientras yo me colaba en la zapatería.

Una chica muy joven, poco mayor que mi hermana, apareció y se acercó al mostrador.

—¡Hola! Perdona…, ¿me podrías dar una caja de zapatos?

—¿Para meter el periquito?

—¿Cómo? ¡Ah, sí!

De pronto supe qué tipo de pájaro llevaba en la mano: un periquito. ¡Ja! La cosa iba bien. Requetebién.

—Voy a la trastienda y vuelvo. Tengo alguna más grande, de botas, que te puede servir.

—Gracias.

La chica se fue hacia la parte de atrás de la zapatería. Al momento yo salí a la calle y le hice señas a mi hermana. Clara se acercó a la puerta con cara de aburrimiento.

—¿Qué pasa ahora?

—Es un periquito.

—Bueno, ¿y qué?

—Nada. Me van a dar una caja de botas para llevármelo.

—Estupendo…, te vas a poner las botas con el pájaro.

Justo en ese momento salió la chica de la trastienda con una caja grande toda llena de agujeros.

—Mira, le he hecho unos cuantos agujeros para que pueda respirar… ¿Cómo se llama?

—No sé.

—¡Qué nombre tan raro para un pájaro!

—Es que no sé cómo se llama. Me lo he encontrado ahí al lado.

—Ah, bueno…, a lo mejor se ha escapado de una jaula.

—Ya… ¡Gracias!

Entonces, me acordé de otra adivinanza. Ya sé que soy muy pesado con las adivinanzas, pero me gustan, y algunas me las aprendo. Tengo que copiar las mejores y hacer un cuaderno con ellas. Porque llevarme los libros de adivinanzas a casa es demasiado. No caben más libros. Ni prestados.

Cárcel de madera y oro,
de plástico, de cristal,
donde un sujeto sonoro
da gratis su recital.

La solución es muy fácil. Y tiene que ver con los pájaros. Pero yo no sé si los periquitos cantan. Los canarios, sí. Y los jilgueros, también. Las gaviotas son horribles. Hacen algo así como «¡clo-clo-clo- clac!». Me despiertan por las mañanas.

—¿Vienes ya, o qué? —me apuró Clara, desde la puerta.

—¡Gracias por la caja! —me despedí de la chica—. ¡Y por los agujeros…!

Metí el periquito en la caja, le puse la tapa y salí. Mi hermana se detuvo un momento, mirando unos zapatos del escaparate, y luego me siguió.


TALLA 42
MODELO
VANESA

4

ÍBAMOS POR el supermercado que hay muy cerca del bazar de Shaoran. Mi hermana, mirando el móvil. Yo, sujetando mi caja agujereada intentando llevarla horizontal, para que «Nosé» no anduviese patinando y cayéndose dentro.

Por la rampa del súper salía un carrito lleno hasta arriba. Lo empujaba Shaoran, y no sé cómo tenía fuerzas para sujetarlo.

Me aparté un poco y me di cuenta de que el carro iba casi lleno de paquetes de arroz de dos kilos. Seguro que estaban de oferta.

Shaoran me miró, miró mi caja agujereada, miró a mi hermana, miró el carrito y dijo:

—Los chinos comemos mucho *aloz.* —Y empujó con ganas, pero se notaba que el carrito pesaba como un elefante, porque, aunque Shaoran es grande y debe de andar por los sesenta o setenta kilos, le costaba hacerlo avanzar hacia su tienda.

Yo me puse a su lado. A fin de cuentas, íbamos al mismo sitio…

—¿Qué llevas ahí? —me preguntó.

—Gusanos de seda —mentí. Porque ¿para qué quería saber lo que yo llevaba en la caja? ¿Le había preguntado lo que llevaba él en el carro? Claro que tampoco hacía falta preguntar…

—¿Muchos gusanos? —Y seguía empujando haciendo un gran esfuerzo.

Clara no me quitaba ojo.

—Algunos, sí.

—*Molelas*. Los gusanos comen hojas de *molela*. ¿Sabes dónde hay?

—Sí. En el patio del colegio. En mi calle. En muchos sitios. Hay pocos eucaliptos, pero muchas moreras.

—Los koalas comen hojas de eucalipto. Los gusanos de seda comen hojas

de *molela.* —Y siguió empujando con toda su fuerza.

«Y los chinos coméis mucho arroz, desde luego —pensé—, pero a mí también me gusta».

—Hace días que no veo a nadie con gusanos de seda. ¿Quién te los dio?

—Una viejecita con moño que vive por aquella zona de allí. —Y señalé hacia donde había encontrado el periquito.

—¡Ah! Las *señolas mayoles* cuidan muy bien los gusanos de seda. *Pelo* no pueden *cogel* las hojas de *molela*. No llegan a las *lamas* del *álbol*. *Pol* eso te los dio.

—Sí. Seguro. —Y entré antes que él en su tienda, mientras mi hermana hacía montones de muecas raras sin dejar de escribir en el móvil.

Me puse a buscar las cartulinas, y no fue fácil localizarlas, porque la tienda consiste en una serie de pasillos donde se amontonan todo tipo de cosas, desde bombillas hasta juguetes, desde papel higiénico hasta vinagre, desde detergente hasta revistas de crucigramas, desde pilas hasta bañadores, desde anillos y pulseras hasta colonia.

Finalmente las encontré, porque me acordé de la otra vez. Y escogí una blanca. Sobre el blanco es más fácil pintar. Y, si tengo que escribir algo, también.

—¿Qué haces? —me preguntó mi hermana cuando dio conmigo—. Mamá me ha preguntado por wasap por qué tardamos tanto, que si nos ha pasado algo, que si alguien se ha metido con nosotros, y esas cosas.

—¿Y qué le has dicho? —Porque la había visto escribiendo en el móvil.

—La verdad: que tenemos algo que enseñarle. Una sorpresa.

—Déjame ver.

Clara me enseñó el wasap. Eso era lo que ponía. Y empecé a preocuparme.

—Mamá sigue escribiendo. Espera…

«No me gustan las sorpresas, venid ya», ponía, y yo me preocupé más.

—¿Le digo algo?

—Que vamos para allá. Paga.

Shaoran pasó junto a mí haciéndome un gesto de victoria con la mano izquierda, mientras empujaba el carrito, ya vacío, con la derecha. Iba derecho

a la puerta de la tienda, seguro que para devolver el carrito en el supermercado.

—¡Adiós! —le dije.

—*Zàijiàn* —me contestó, y he tenido que buscarlo por Google para saber cómo se escribe. Él habla español bastante bien, pero yo no sé ni jota de chino.

Clara pagó, le dieron la vuelta, y salimos. Ella cogió la cartulina enrollada para que yo llevara la caja sin problemas.

El caso es que entrando por el portal a mí ya me temblaban las piernas. Y las manos. Seguro que Nosé tenía que darse cuenta de que la cosa estaba empezando a ponerse fea.

Fea para mí y fea para él. Fea, fea, fea… Superfea. Tan fea que en el ascensor noté un revoltijo de tripas. Me sonaban. Mucho. Y me dolía la barriga. Muchísimo. Me puse a dar saltitos, porque notaba que la cosa iba mal.

—¿No puedes estarte quieto? Estate quieto, que vas a estropear el ascensor. Si se estropea, la cagamos…

En eso estaba pensando yo… Justo en eso mismo…, porque notaba un movimiento de tripas que ya, ya…

—¡Déjame tranquilo! —Y me agaché (sin soltar la caja), porque el dolor era cada vez más fuerte—. ¿No ves que me duele la barriga? Me voy a derretir aquí dentro.

—¡Anda, no exageres y ponte derecho! Estamos llegando.

Se abrió el ascensor y salí disparado hacia la puerta de nuestra casa. Con una mano sujetaba la caja. Con la otra, me sujetaba la barriga. Me faltaba otra mano para llamar al timbre, pero Clara tenía llave. Tardó algo así como medio siglo en abrir la puerta, y yo tardé medio segundo en entrar, soltar la caja en la mesa del salón y salir volando hacia el primer cuarto de baño.

Creí que me moría.

Está claro que sigo vivo. Pero, cuando me quité un peso de encima, mientras me lavaba las manos me vi en el espejo. Tenía la cara blanca como la cartulina. Un muerto viviente. Auténtico. Que es otra de las palabras que tienen las cinco vocales.

Mi padre estaba sentado en su sillón con reposapiés. Tan tranquilo, con una revista de crucigramas nueva.

Pero mi madre miraba la caja de botas con agujeros que yo había puesto sobre la mesa. Mi hermana había desaparecido del mapa. Ya me imaginaba dónde estaba (en su cuarto) y con quién (con su mejor amigo: el móvil), pero no sabía si les había contado la historia.

—¡Qué mala cara tienes! Ven que te vea. ¿Qué te ha pasado? ¿Has comido alguna cosa rara en la calle?

—No. —Y me acerqué despacito a la mesa y a mi madre. O a mi madre, que estaba junto a la mesa. Da igual.

Mamá me tocó la frente, me palpó el cuello, me dio un medio beso entre la ceja y la oreja derecha.

—Esto no pinta bien. Parece que tienes fiebre… Voy a por el termómetro. —Y salió hacia su dormitorio.

—No tengo nada. Estoy estupendamente. Ha sido un achuchón. Solo eso.

—Seguro que no es nada. Le pasa a cualquiera —dijo mi padre, que seguía haciendo crucigramas, o mesas de relojero, o completagramas, o el juego del ajedrez, o cualquier otro pasatiempo, y, como siempre, a mil por hora.

—Mejor, comprobarlo —contestó mi madre, que entraba en el salón manipulando el termómetro—. Estos termómetros son cada día peores. Los de mercurio eran los buenos…

—Sí, muy buenos: superiores. Sobre todo cuando se rompían y las bolitas de mercurio salían rodando por el suelo. No hay nada más contaminante…

—Dime algo que no contamine… —le contestó mi madre.

—Me callo. Ahí me has pillado. Si nos pusiéramos a revisar, no terminaríamos nunca. Y no comeríamos nada, ni beberíamos nada, ni nos bañaríamos en la playa, ni en la piscina, ni usaríamos ropa, ni nos limpiaríamos el cu… ¡Atiende, Braulio…, «Hijo de Apolo y de Coronis»: Esculapio! No me acordaba, pero me habéis dado la pista. Gracias.

—¿Qué tiene que ver?

—Culo… Es-cula-pio…

—¡Ah, ya! ¡Ja! ¡Humor negro!

—Esculapio tiene las cinco vocales —me atreví yo. Y en ese momento sonó el pitidito del termómetro.

—Ni fiebre ni nada. Mejor.

—Lo sabía —dijo mi padre—. Es una cosa puntual. Ya lo dije: le pasa a cualquiera. Un zumo de naranja, un trozo de sandía, un susto…

Mi madre puso el capuchón al termómetro y se fue a su dormitorio. Yo destapé la caja de botas con agujeritos, vi que Nosé seguía vivo, aunque había hecho sus necesidades —por el susto, seguro, como yo— y puse la tapa de nuevo.

—Aquí hay gato encerrado. —Se presentó al momento mi madre en el salón—. O más bien gusanos de seda o, peor aún, ratoncitos blancos. Dime que no, Braulio…, porque no los trago. Y no mientas, porque se te cae el pelo. No he querido abrir la caja para que lo hagas tú, pues tú eres quien la ha traído.

—Ya lo sabes —añadió mi padre—, cada uno tiene que ser responsable de sus actos. Y tenías que haber pedido permiso antes de traer los gusanos de seda a casa. Aunque me parece que el ciclo acabó hace unos días. ¿De dónde los has sacado?

—No son gusanos.

—¡¿Son ratones?! ¡No te habrás atrevido a traer ratones a casa! ¡Ya te los estás llevando a la calle y regalándoselos al primero que te encuentres! ¡No quiero ratones, ni cobayas, ni conejos, ni mucho menos serpientes! ¡No se te habrá ocurrido…! —Y mi madre se estaba poniendo más y más nerviosa por momentos.

Yo tenía la boca seca y me estaba empezando a doler la barriga otra vez. Se me había hecho un nudo en la garganta.

—Venga ya, Braulio, contesta. ¿Qué bichos tienes en la caja? —preguntó mi padre sin soltar el lápiz y sin dejar de escribir en su revista—. Porque si la tengo que abrir yo, y es algo que no le guste a tu madre, que…, sea lo que sea, no le va a gustar…, tendrás que ir a devolverlo más pronto que tarde.

Cada segundo que pasaba, yo estaba más arrepentido de haberme traído al pájaro, y la barriga me dolía más.

—Es un pájaro.

—¿Un pájaro? ¿Qué pájaro? ¿De dónde lo has sacado? ¿Quién te ha dado permiso para traerlo a casa? ¿Qué piensas hacer con él? ¿Cómo sabes que no está enfermo? ¿Lo has tocado? ¿Te has lavado bien las manos? A lo mejor tiene alguna enfermedad, y por eso has tenido que ir disparado al baño…

Era imposible contestar a tantas preguntas seguidas, ni podía aguantar más. Así que me fui lanzado para el baño otra vez. Ya iban dos.

Cuando salí, no podía con mi cuerpo. Mis piernas eran de mantequilla, y sentía náuseas. Pase al salón y me agarré a mi madre.

—Ven, siéntate aquí conmigo. —Y me cogió en el sofá como había cogido antes a Clara, abrazándome y acariciándome—. Estás malo. Cuando te tranquilices, hablaremos del pájaro y de lo que tú quieras. Mucha gente es alérgica a los pájaros. Tu prima Esther, sin ir más lejos… Siempre estaba pachucha… El médico le preguntaba a mi hermana si tenían perros, o gatos, o caballos… Hasta que un día se le ocurrió preguntar si tenían algún pájaro en casa. Ahí estaba el problema… Tuvieron que deshacerse del periquito, porque tu prima era alérgica.



Mi madre parece adivina.

—Desde que lo regalaron, tu prima está sana como una manzana.

Y seguía abrazándome. Una madre es una madre, y sabe consolar muy bien.

—Mimitos… —dijo mi padre desde su sillón.

—Eso. Es mi pequeño. Mi niño. No quiero que crezca mucho todavía.

—Pues crecerá. Y será más alto que tú. Ya lo verás…

5

—ENTONCES…, QUEDAMOS en que esto es un pájaro… Veamos qué pájaro de cuenta tenemos aquí.

Mi padre se había levantado de su sofá y estaba destapando la caja.

—¡Un periquito! Blanco y azul… ¿A que te suena… a equipo de fútbol? Pues en realidad es un *Melopsittacus undulatus*. Y apostaría a que es macho. Un macho joven. Se habrá escapado de alguna jaula…

—O lo habrán soltado… ¿Crees que está sano? —preguntó mi madre.

—Ni idea. Los periquitos, como todo el mundo, pueden enfermar. Pero este más bien lo que tiene es miedo. Como lo tendría cualquiera si lo encerraran en una habitación sin luz o en una cueva sin salida. ¿Seguro que os acordáis de aquellos niños tailandeses que se quedaron varios días atrapados en una cueva hace no sé cuánto tiempo?

—¿Me lo puedo quedar? —pregunté, al notar que mi padre no parecía enfadado, sino curioso.

—No depende de mí. El animal tiene un dueño, o dueña, y creo que lo suyo es intentar localizarlo. Para ello deberás efectuar una investigación *in situ* que…

—Ahora no va a ir a la calle a buscar al dueño. Además, como muy bien sabes, los pájaros vuelan, y podía haber venido de cualquier sitio —lo atajó mi madre.

—Como siempre, cariño, tienes razón… Ni yo quiero que vaya casa por casa preguntando si se les ha escapado un periquito. ¡Faltaría más! Pero, repito: tiene un dueño, seguro… Por aquí no hay periquitos asilvestrados…

Mi hermana entró en ese momento tecleando en el móvil.

—¿Puedo opinar? —preguntó.

—Claro…, ¡habla!

—Le hago una foto, y la cuelgo en Twitter, y en Instagram. Seguro que la noticia corre más que un avestruz…

—Buena idea…

—Pero yo lo quiero…

—¿Es tuyo? Recuerda que vino a mi cabeza…

—Recuerda que te lo quité porque te pusiste histérica… Recuerda que querías que lo soltara en el césped… Recuerda que tiene pico y tú no lo soportas… Recuerda que le busqué la caja de botas… Recuerda…

—Eres un repelente… Me voy… Solo quería ayudar…

Clara hizo una foto a Nosé y se dio la vuelta en dirección a la cocina.

—¿Lo has oído? Me ha llamado «repelente»… Mamá…

—¡Clara, te has pasado dos pueblos y medio! Excúsate con tu hermano.

—¡Lo siento! —gritó mientras abría la puerta del frigo.

—Todo el día se está metiendo conmigo… —protesté.

—Venga, venga… No te quejes… Ha ido contigo a por la cartulina…

—Porque me manchó la que yo tenía…

—Fue un accidente, lo sabes… ¿Quieres agua?

—Sí.

—¡Niña, tráele un vaso de agua a tu hermano! ¡Fresquita, pero no congelada…!

—Agüita para el niño, que no tiene manos ni pies para cogerla él mismo, ¡pobrecito! —Vino mi hermana en seguida, rezongando, con el vaso de agua.

—Ya vale… Vete a tu cuarto a hacer los deberes. Pero deja aquí el móvil.

—Tengo que llamar a Bea para que me diga los de Lengua.

—Llámala y tráelo aquí. No quiero que estés el resto de la tarde con ese aparato atontador de chicas de dieciséis años.

—OK.

—Y no me digas «OK». Dime cualquier otra palabra, menos «OK». Ya estoy cansada de oíros todo el día diciendo «OK».

—¡OK…, quiero decir: vale, mamá! La llamo y te lo traigo. Tengo muchas cosas que hacer y ya he perdido media tarde con lo de la cartulina y el pajarito.

—El pajarito no puede seguir el resto de su vida dentro de la caja —

intervino mi padre—. Es como si quisiéramos convertirlo en una momia encerrada en su pirámide. Con la salvedad de que las momias están muertas, muy muertas, y él está vivo. Por ahora…

—No sé por qué dais por hecho que nos vamos a quedar con él. —Se puso en pie mi madre—. Yo no he dicho que quiera tenerlo en casa. Un pájaro tiene muchas servidumbres… Comida, limpieza, luz, agua… ¿Quién se va a encargar?

—Yo. —Y me levanté también, dispuesto a dar mi vida por el pájaro… O, por lo menos, a convertirme en su dragón defensor—. Yo lo limpiaré, le pondré la comida, el agua, y lo que sea.

—Lo que sea puede ser bastante complicado. Estos animales suelen necesitar compañía y se ponen muy tristes cuando están solos. Si, además, vivía con una hembra en una jaula, la echará de menos. Incluso puede morir de melancolía.

—¡No te pongas tan dramático! Solo es un pájaro —respondió mi madre, mirando con curiosidad al animal.

—Los pájaros también tienen sentimientos. Hay quien a los periquitos les pone un espejo para que, viéndose reflejados en él, crean que no están solos.

—No podemos tenerlo. Yo no quiero tenerlo —dijo mi madre—. Deberíamos regalárselo a alguien que lo quiera.

—Yo lo quiero —protesté.

—A alguien que quiera tenerlo en su casa, y cuidarlo como se debe, y proporcionarle una jaula digna donde vivir. Los pájaros no me gustan, ya lo sabes.

—Podrías pintarlo en un cuadro. A lo mejor entonces te gusta.

—No pinto pájaros.

Con mamá es muy difícil luchar. Es prácticamente imposible convencerla de algo. Cuando se pone en sus trece, ya no hay nada que hacer.

—Aquí está el móvil —entró Clara—. He colgado el pájaro en Instagram. Y ya anda por Twitter también. Antes de que se haga de noche aparecerá su dueño o su dueña, y nos quedaremos tranquilos.

—¡Bien hecho! —asintió mi madre.

«¡Mal hecho!» —pensé yo.

Clara le dio el móvil a mi madre y se marchó.

No pude hacer nada. Otra vez noté un movimiento en mis tripas y corrí hacia el primer cuarto de baño. Iban tres.

Volví más flojo que antes, pero ya se sabe: cuando todo lo tienes en contra, nada te sale bien. Está visto y comprobado.

—Habrá que esperar, Braulio, pero este animal no puede quedarse «encajado» aquí hasta mañana. Le va a dar algo —opinó mi padre.

—¿Llamo a Quintín por si conoce a alguien que tenga una jaula? —Y miré a mi madre.

Cosa rara, mi madre no dijo que no. O sea, que era que sí. Por eso cogí el teléfono y llamé a casa de Quintín para contarle la historia de Nosé.

—OK. Le pregunto a mi gente. Creo que mi tía tenía una jaula por ahí. De un canario que se le escapó. No sé si la conserva o si la habrá tirado a la basura. Luego te llamo.

—Dice Quintín…

—Lo he oído todo —contestó mi madre sin dejarme terminar de hablar.

—¿Te parece bien?

—Pues no me parece muy bien, que digamos, pero tu padre está por la labor. Tienes un aliado. Así que esperaremos a los acontecimientos. A mí, desde luego, no me gusta tener animales en casa. Ni perros, ni gatos, ni pájaros, ni ratones, ni tortugas, ni nada de nada. Con los mosquitos hay bastante, y me estorban todos… Me voy un rato a mi estudio. Apañáoslas como podáis tu padre y tú. —Y se fue pasillo adelante.

Mi padre se rascaba la cabeza, pensativo.

—No lo veo nada claro. Te toca convencerla. Ahí yo me lavo las manos… Lo cierto es que no has pedido permiso para traer el periquito a casa. Ahora debes atenerte a las consecuencias.

En ese momento, Nosé agitó las alas dentro de la caja, como desperezándose. Y, de pronto, echó a volar. Primero, por el salón, dando vueltas alrededor de la lámpara. Y, a continuación, sin que pudiéramos hacer nada por impedirlo, salió por la puerta abierta de la terraza, hacia la calle.

Mi padre y yo nos asomamos. Allí estaba, abajo, en el césped, junto a unas palmeras pequeñas.

—Voy a por él. —Y fui hacia la puerta.

—Solo no vas. Voy contigo. No quiero que te metas en un lío, ni que te pase algo con los nervios.

—Voy yo solo, papá, déjame… —Abrí la puerta y salí hacia el ascensor. Lo llamé, pero estaba en el primero. Y el otro llevaba varios días estropeado. Así que me lancé hacia las escaleras.

Bajaba de dos en dos, de tres en tres, como un loco. Me podía haber tropezado y haberme roto una pierna. Pero no pensaba en eso. Pensaba en Nosé, solo, allí abajo, en el suelo. No tardé ni un minuto en llegar a la calle, ¡seguro!

Cuando pisé la acera y miré hacia las palmeras, vi lo único que no hubiera querido ver. Y me quedé quieto, sin saber qué hacer. Luego di unos pasos hacia adelante. Roque tenía el periquito en las manos, como siguiera así lo iba a estrujar.

—¿Qué pasa? —me preguntó. Y en seguida se dio cuenta de lo que pasaba.

—¡El pájaro es mío! —grité atravesando la calle por el paso de cebra, y Roque me oyó y me miró.

—¡No te lo crees ni tú! ¡Es mío…! ¡Si tú nunca has tenido pájaros…! —Y lo apretó un poco más, con lo cual Nosé estaría asfixiándose.

—Es mío. —E intenté quitárselo, pero él fue muy rápido y se apartó.

—Me lo he encontrado en la calle, y lo que está en la calle es de quien se lo encuentra.

—Vamos a hacer una cosa —se me ocurrió—. Ponlo en el suelo. Tú y yo nos colocamos a tres pasos de él, uno hacia la derecha y otro a la izquierda. Si se queda quieto, lo dejamos ahí. Pero si se va hacia alguno de nosotros, ese se lo lleva.

—¡Es mío! —volvió a repetir Roque, pero menos convencido que antes.

—Sabes muy bien que no. Es mío, y el pájaro te lo va a demostrar. ¿O eres un cobarde? —me envalentoné.

—¿Cobarde, yo? ¿Quieres que te lo demuestre? ¡A mí no me llamas tú cobarde, enano! A que te parto la cara. —Y dejó el periquito en el suelo y se separó hacia la izquierda.

Yo me puse al otro lado, más o menos a la misma distancia de Nosé.

—No te muevas. El pájaro es quien tiene que decidir.

En ese momento se oyó: «¡clac, clac!», y pasó una gaviota volando sobre nuestras cabezas. Un bicharraco enorme. Con unas alas de dos metros por lo menos.

Los dos nos agachamos, Nosé echó a volar hacia mí, y yo aproveché la ocasión para cogerlo sin destriparlo.

—Parece que está claro. ¡El periquito me ha elegido, su dueño soy yo! —dije sin reprimir la emoción.



Roque me miró poco convencido y bastante chafado.

—Esto no va a terminar así. El pájaro me lo encontré yo.

—Pero él ha elegido con quién irse. ¿No te parece suficiente?

Roque seguía enfadado.

—Los pájaros no saben lo que hacen.

—Este creo que sí. Y me ha preferido a mí. Si no estás conforme, demuéstrame lo contrario. Pero no puedes.

Roque se dio la vuelta y se marchó corriendo. Respiré.

—Es mío.

—¡Que te aproveche, enano! —gritó. Y yo acaricié a Nosé. ¡Perfecto!

6

DEBERÍA HABERME extrañado que Roque se fuera así, por las buenas, sin intentar pelearse conmigo. Pero no estaba yo para darle vueltas a la cabeza.

Miré hacia la terraza de mi casa y vi a mi padre haciéndome señas y gritándome, pero no entendía nada. Mis padres son muy exagerados. Pensé que me estaría avisando para que tuviera cuidado al atravesar la calle, por si pasaba algún coche, o algo así.

Entonces lo oí: «¡clac, clac!».

La gaviota gigante venía a toda pastilla con las alas abiertas hacia donde yo estaba. Con malas intenciones, porque, mientras corría, abría y cerraba el pico, y era muy, pero muy grande. La gaviota era enorme, casi de mi altura. Y peligrosa, muy peligrosa. Tendría hambre, y era capaz de comerse al periquito y darme un picotazo que me dejara tieso. O al revés.

En una décima de segundo entendí por qué Roque había salido corriendo y qué intentaba decirme mi padre. Y no me gustaba. ¡No me gustaba nada!

Yo corro bastante, pero estaba muy flojo, y con Nosé en las manos no podía moverme con rapidez.

Roque había sido más listo.

Pero yo juego mejor que él al fútbol. Así que me paré, y cuando la gaviota estaba a punto de alcanzarme, hice un quiebro que ni el mejor futbolista del mundo… y salí disparado en dirección a mi casa.

La gaviota no pudo detenerse a tiempo y fue a chocar contra el tronco de una palmera.

—¡Toma ya!

Se quedó un poco atontada. Justo el tiempo necesario para que yo me alejara un poco. Aunque enseguida se levantó y vino otra vez detrás de mí

como una loca. ¡Qué pesadilla!

—Rápido, Braulio, si quieres salvar el pellejo —me dije.

—Niño, huye, que ese bicho lleva malas intenciones —oí que decía alguien, como si yo no me hubiera dado cuenta.

—¡Clac, clac!

Pero yo le sacaba ventaja y, aprovechando que salía mi vecino con el perrito para llevarlo a pasear, entré en el portal mientras se cerraba la puerta detrás de nosotros.

La gaviota chocó con la puerta. Y no supe más. Yo no volví a mirar hacia atrás. Se quedó con hambre, eso es seguro.



Y entonces me acordé de otra adivinanza. Sin relación con lo que me pasó a mí, pero va ahora:

Con su risa mañanera
toda la playa alborota,
pescadora y marinera,
la _____.

¡Qué poco sabía el autor sobre las gaviotas! Si hubiese visto aquel bicharraco corriendo detrás de mí y de Nosé, la hubiera escrito de otra manera. ¿A que sí? Algunos se creen muy sabios…

Mi padre me esperaba delante de la puerta de casa, que mantenía abierta.

—Aquí llega el «pequeño gran defensor de los periquitos», capaz de poner su vida en peligro por salvarlos del pico de una inocente gaviota… —Y se apartó para dejarme pasar al salón.

Metí a Nosé en la caja y la tapé con cuidado, para que no sintiera necesidad o ganas de darse otro paseíto moviendo las alas.

—¿De verdad crees que era inocente esa gaviota? —Y me senté, porque volvía a notar las piernas muy flojas, como de gelatina.

—Ni por un momento. El hambre es muy mala consejera. Si tú tuvieras hambre, harías lo que fuera por conseguir un bocado exquisito, como un periquito, por ejemplo.

—Yo no me comería un periquito en la vida…

—No sabes lo que es el hambre. Tu bisabuelo Agustín…, y no te olvides de tu árbol genealógico…, estaba en la estación de Atocha, en Madrid, poco después de la guerra, comiéndose un plátano, que no sé de dónde lo sacaría…, porque nadie encontraba nada para echarse a la boca… y, cuando tiró la cáscara, llegó un hombre, la recogió del suelo y se la comió.

—¡Venga, papá! ¿Una cáscara de plátano? ¡Del suelo! ¡Qué asco!

—Dices eso porque no tienes hambre, ni nunca has tenido hambre de verdad…, como aquel hombre.

—Tengo hambre…, no he merendado.

—Eso no es hambre. Eso es costumbre de comer cada equis horas. Los hombres primitivos…

—Sí, papá…, seguro que se comían las cáscaras de plátano y las de naranja, y hasta las de las nueces…

—No te pases…

—¿Puedo tomarme un batido?

—Creo que deberías aguantarte hasta la cena. Me temo que no te sentará nada bien un batido de cacao con la barriga como la tienes. Mejor, te voy a poner un vaso de agua con medio limón exprimido.

—Eso está muy malo.

—No tanto. A mí me gusta… No hay nada mejor que el limón. Sirve para millones de enfermedades y dolencias…, cura el escorbuto…

—Sí, papá.

Mientras mi padre estaba exprimiendo el limón en un vaso, sonó el timbre.

—¿Abro?

—Pregunta quién es y echa una ojeada por la mirilla… Bueno, no, tú no alcanzas. Pregunta quién es antes de abrir.

Fui hacia la puerta y pregunté.

—¡Soy yo, Quintín!

—Es Quintín.

—Ábrele.

Era mi amigo, con una jaula bastante grande.

—¿Dónde la pongo?

—¡Menudo jaulón! —exclamó mi padre—. ¿De dónde lo has sacado?

—Es de mi tía. Pero, si lo necesitáis, os lo presta indefinidamente. Así se quita un trasto de encima.

—Ven, ponlo aquí —le dijo mi padre llevándolo a la terraza, donde tenemos una mesita—. ¡Toma tu limonada! —Y me pasó el vaso—. No tiene azúcar, así que estará un poco fuerte. ¡Venga, de un tirón, campeón!

—Está limpia. ¿Puedo ver el pájaro?

Me bebí el vaso de agua con limón casi de un tirón, lo dejé en la mesa del salón, junto a la caja agujereada, abrí un poco la tapa y lo saqué.

—¡¡¡Uau!!! ¡Es precioso…! ¿Te lo vas a quedar?

—No sé.

—Por hoy, sí. Luego, ya veremos… Su madre no toca las castañuelas, precisamente, por tener un pájaro en casa —respondió mi padre.

—Si no lo quieres, a mí no me importaría tenerlo. Y a mi madre, tampoco. Nos gustan los pájaros.

—Eso es porque nunca te habrá perseguido una gaviota.

—Había una dando trompicones por el césped hace un minuto, cuando bajé para recoger la jaula que traía mi tía en su coche. Como si estuviera mareada, o borracha, o enferma, o así…

Me callé.

—Abre la puerta.

Metimos a Nosé en la jaula y, al momento, se puso en el columpio, como si aquella fuera su casa de toda la vida.

—Esto marcha…

—Bueno, pues me voy. Ando liado con el árbol genealógico. ¿Cómo lo llevas tú?

—Fatal. Por culpa del árbol se me ha complicado todo esta tarde. Voy a ponerme ahora.

—¡Adiós! —dijo a mi padre, que estaba fregando mi vaso en la cocina.

—¡Gracias! ¡Y dale las gracias a tu tía por la jaula…! ¡Ya te contaremos…! ¡Ya te dirá Braulio en qué queda la cosa!

—¡Vale! —Y tiró de la puerta por fuera para que se cerrara.

—Nos lo vamos a quedar, ¿verdad, papá?

—Ya veremos. Primero tienes que ponerte con el árbol genealógico. Hasta Roque lo va a terminar antes que tú. Seguro que Quintín lo lleva muy adelantado.

—Sí, papá.

Fui al estudio de mi madre, que es el salón del otro piso.

Primero llamé, porque no quería entrar de golpe para que no se asustara y estropeara lo que estaba pintando.

—¿Se puede?

—¡Pasa!

—¿Me has hecho algún árbol?

—Toma, aquí tienes dos bocetos. Como muestra basta un botón, pero a ti te doy dos botones…, o sea, dos folios con dos árboles distintos, más o menos como los de antes. ¿Vas a empezar ahora? Has tardado mucho en ponerte, ¿no?

—Luego te cuento.

Cogí los dos folios y me fui al salón. Alguien había vuelto a poner mis lápices, colores y demás cosas sobre la mesa. Mi padre, seguro…

—¿Te recuerdo los nombres de tus bisabuelos?

—¡Uf! Espera…, voy a ver esto.

—Como quieras. O, si no, te los apunto en un papel, por parejas.

—¿Qué?

—Te voy a poner los nombres de tus ocho bisabuelos en un papel, por parejas. Y tú los anotas luego. —Y empezó a escribir—. Lo que no recuerdo bien son sus años de nacimiento. ¿Los vas a poner? Ocho personas son muchas personas.

—Sí.

—¿Me estás escuchando?

—Sí.

—Y no estaría de más anotar, antes del año, el lugar donde nacieron. ¿Eh?

—Sí.

—¿Pero estás atendiendo a lo que te digo?

—Sí.

—Pues vale, ya te dejo. Allá tú…

—OK.

—Tu madre y yo no queremos que digáis «OK». Lo sabes.

—Sí, papá.

—¡Ah, vaya, creía que solo sabías contestar con monosílabos!

—Sí, papá, OK.

—¡Vaya tardecita llevas!

Yo no hacía más que mirar el segundo folio, el que había estado tapado por el primero de los dos que me acababa de dar mi madre.

Justo en la fila de abajo, al lado del cuadrito donde tendría que estar yo, había otros dos cuadritos. Uno era para mi hermana, estaba seguro. El otro tenía dibujada una jaula.

—¡Lo conseguí! —grité.


ATLAS

7

—¿QUÉ CONSEGUISTE?

—Mamá me deja quedarme con el periquito.

—¿Te lo ha dicho? Porque tú te pones a imaginarte cosas y no paras… Ya sabes que, en el fondo, me parece muy bien, y te aplaudo. Como lo de hacer esa especie de diario que andas, o andabas, escribiendo. Así se empieza. O pintar. También eres bueno pintando. En eso has salido a tu madre.

—Aquí está la prueba. —Y le enseñé el folio donde estaba la jaula.

—¡Sorpresa! Si no lo veo, no lo creo.

—¿Has visto? Voy a empezar. —Y me puse a hacer circulitos sobre la cartulina, siguiendo el dibujo de mi madre.

—Sin prisa, Braulio… Que no se hizo Zamora en una hora. ¿Cuándo debéis entregarlo?

—El lunes.

—No queda mucho. Solo el fin de semana. Pero hay tiempo para preguntar fechas y lugares de nacimiento a otras personas de la familia. ¿Sabías que mi abuelo Lorenzo era de un pueblo que se llama Cacabelos, con «b»?

—Anda, papá…, te estás quedando conmigo… No puede haber un pueblo con ese nombre en el mundo.

—Como quieras… Y mi abuela Teresa, de Madrid.

—Eso es otra cosa. Pero lo de Cacabelos no me lo creo…, es otro jueguecito de los tuyos, para que caiga en la trampa. Cacabelos…, palabra compuesta de caca y velos… No me la vas a pegar…

—Tú apunta, y luego lo miras por Internet, o en un atlas. Tenemos alguno por ahí, en aquella estantería… Si buscas cerca de Ponferrada, en León, es posible que lo encuentres. Los atlas nadie los mira ya, pero en mis tiempos

eran muy útiles…

—Sí, papá, en el siglo pasado… Cuando no había ordenadores, ni móviles, ni wifi, ni Google, ni Instagram, ni Twitter.

—Y la gente vivía en cavernas o en chozas de hojas y barro, sin electricidad y, por tanto, sin frigorífico, sin agua caliente, sin lavadora, sin secadora, sin lavavajillas, sin televisión, sin microondas, sin aire acondicionado, sin batidora, sin…

—OK, papá. Pongo Cacabelos como lugar de nacimiento del abuelo Lorenzo y luego lo miro.

—No. Te lo voy a demostrar ahora mismo. —Y fue hacia una estantería del pasillo.

—Te creo, papá, no hace falta que me lo demuestres… —Y, debajo del primer circulito puse: *Lorenzo (Cacabelos)*, y dejé un hueco para las fechas de nacimiento y muerte.

Sonó el teléfono.

—Cógelo tú —dijo mi padre—. Estoy intentando localizar el atlas. La última vez andaba por aquí. Y miraba por la estantería del pasillo, casi al final.

Era Quintín. Vi el número de su casa en el teléfono.

—¡Sí!

—¿Jugamos a *Roblox*?

Me apetecía jugar a *Roblox*, pero iba muy retrasado con el árbol.

—Ahora no puedo…

—Un rato nada más…

—¿Quién es? —preguntó mi padre.

—No puedo. Estoy con el árbol. (Es Quintín) —dije aparte a mi padre.

—¿Tu árbol *genialógico*? —Y noté que cambiaba la segunda e por una i a propósito.

—No te cachondees…

—Si ya lo sabemos todos. Tu familia es toda de genios.

—Nos falta uno: el genio de la lámpara. ¡Una lástima!

—Venga ya…, ¿juegas a *Roblox*, o no?

—Acabo de ponerme con el árbol. ¿Cómo lo llevas tú?

—Casi listo.

—Pues eso…, listillo, ahora no puedo.

—¿Qué quiere? —volvió a preguntar mi padre, que llegaba al salón abriendo un libraco… Un atlas.

—No puedo. Hasta luego… —Y colgué.

—A nadie se le cuelga el teléfono así. Es de mala educación.

—Lo sé, pero estaba un poco pesado con jugar a *Roblox*. Él tiene su árbol casi terminado, y yo lo estoy empezando ahora.

—Has hecho bien, aunque lo has hecho mal.

—¡¡Buff!! —Y me asomé al atlas abierto sobre la mesa.

—Míralo, míralo, míralo —señalaba mi padre un punto en el mapa.

—Sí, papá, ya lo veo. Te pareces a mi profe.

—¿Yo? ¿En qué? No será en el pelo, porque yo no tengo un pelo de tonto, y ella los tiene rojos.

—¿Sabes cómo la llamamos?

—Dímelo tú.

—«Mírame a mí».

—¿Con el nombre tan bonito que tiene le habéis puesto ese mote tan horrible?

—Virna es un nombre original, aunque no me he parado a pensar en si es bonito…, la verdad…

—Pues lo es. A mí me gusta. Más que «Mírame a mí», desde luego. «Virna, la que se fue a Esmirna». Lee…

—Cacabelos, sí. Lo pone… Tenías razón, como siempre, papá… ¿Has estado alguna vez en el pueblo de tu abuelo?

—Nunca. En invierno debe de hacer un frío que pela. Pero cualquier día cogemos el coche, en cuanto lleguen las vacaciones, y nos vamos al norte. Podemos ir a Cacabelos y adonde nos dé la gana. Porque mi abuelo Agustín era de Plasencia, un pueblo de Cáceres.

—¿De Palencia?

—No. De Plasencia, Pla-sen-cia. Y mi abuela Elena era de Sarria, un pueblo de Lugo.

—¿Sarria, en Lugo? ¡Eso es Sarrià, papá, y está en Barcelona!

—Busca, busca… El que busca encuentra… Mira por el centro de Galicia, y después en Barcelona. Luego me dices.

—Dímelo tú, y así no tengo que andar buscando.

—¿Quién tiene que hacer el árbol genealógico de su familia, tú, o yo? —Y se separó de la mesa, y se quedó de pie, mirándome.

Así que busqué. En el centro de la provincia de Lugo había un pueblo que se llamaba Sarria, y al lado de Barcelona estaba Sarrià. Ya lo suponía.

—Agustín, de un pueblo de Cáceres; y Elena, de un pueblo de Lugo. ¿Cómo se conocieron?

—Las vueltas que da la vida, hijo… Tú sigue, y lo tendrás medio listo para la hora de la cena.

—Tengo hambre…

—¿Serías capaz de comerte una cáscara de plátano?

—Por favor, papá…

—Entonces no tienes hambre…

Y se fue hacia su cuarto mientras yo seguía dale que te pego, porque quería hacerlo perfecto.

Cuando volvió a aparecer en el salón, llevaba puesto el chándal y las zapatillas de deporte.

—¿Todo bien? —me preguntó, pero no le contesté—. No interrumpas a tu madre, pero, si te pregunta por mí, le dices que vuelvo enseguida. Voy a sudar un poco la camiseta. Media hora, o poco más. ¡Hasta luego!

—Vale, papá.

No creo que haya muchos padres como el mío. Ni muchas madres, tampoco. Ni muchas hermanas como Clara. Me chincha de vez en cuando, pero nos llevamos bastante bien. Y es muy guapa. No tiene novio porque no quiere. Sé que se le han declarado por lo menos tres de su clase.

Seguí a lo mío un buen rato. Mi árbol tiene que ser el mejor… O haré el ridículo…

—¡Clac, clac, clac!

Me dio la impresión de haber oído muy cerca a aquella gaviota de la calle y miré hacia la terraza.

—¡Clac, clac, clac!

¡Allí estaba! ¡En la terraza! ¡En la mesa de la terraza, junto a la jaula de Nosé! ¡Picoteando los barrotes!

Salté de la silla buscando algo con que espantarla.

—¡Fuera, bicho! ¡Largo de aquí! —Y salí a la terraza con el lápiz de color negro. Poca cosa, pero no tenía una espada, ni siquiera una escoba, para asustarla.

—¡Clac, clac, clac!

—¡Fuera, animal! ¡Bicharraco! ¡Bestia!

Estaba claro que el lápiz no la asustaba. Así que fui lanzado al lavadero, saqué la fregona y volví a la terraza. La jaula estaba caída en la mesa, Nosé chillaba, y la gaviota daba picotazos a los barrotes.



Ahora me da un poco de vergüenza, pero, en aquel momento, no. Fui con la fregona hacia ella y se la enseñé con malas intenciones, dispuesto a darle un «fregonazo».

—¡Fuera, bicho insoportable! ¡Déjalo ya! ¡Largo!

—¡Clac, clac, clac! —me contestó, y debió de darse cuenta de que estaba en peligro o de que no podía abrir la jaula; el caso es que dio un salto y salió volando.

—¡Y no vuelvas, bicho del demonio! ¡Si vuelves, te voy machacar con la fregona, o con lo que sea! —Y la amenacé como si fuera don Quijote cuando luchó contra los molinos de viento, que lo leímos en clase hace poco, y a todos nos hizo mucha gracia.

—Bien hecho. El que algo quiere, algo le cuesta.

Mi madre, al oír mis gritos, se había asomado a ver qué pasaba y se había enterado de todo.

—Es un bicho del demonio… Le ha dado por el periquito y está dispuesta a comérselo.

—Antes comían peces, pero ahora hay menos, y se comen cualquier bicho viviente. Seguro que el periquito es un bocadillo suculento para ella. ¿Y tu padre?

—Ha ido a sudar la camiseta un rato. Una media hora, o así.

Coloqué la jaula de pie. Nosé estaba en el suelo. Como si no se atreviese a colocarse en el columpio. A lo mejor también él tenía las piernas de gelatina. Por el susto. Algunos barrotes estaban torcidos y me puse a arreglarlos con los dedos.

—¡Pobrecillo! Habrá que tener cuidado con la gaviota, o con las primillas… A veces vienen algunas por el barrio. Lo mismo comen gorriones que tórtolas, o palomas, o canarios que la gente deja en las terrazas. ¿Tienes hambre?

Las madres son adivinas. La mía, más.

—Vuelve a colocar la fregona en su sitio, «caballero andante defensor de los periquitos», y pregúntale a Clara si tiene hambre.

—¡Clara, ¿tienes hambre?!

—A gritos, no. Se van a enterar todos los vecinos del bloque. Además, seguro que tendrá los cascos puestos y no te va a oír.

Fui al lavadero, dejé la fregona dentro del cubo, y luego a su habitación. Tuve que llamar un montón de veces, aporreando la puerta, antes de que me abriera.

—Mamá pregunta si tienes hambre.

—Dile que sí… Mucha.

8

—VOY A hacer la cena. Aunque hoy le tocaba a tu padre. ¿Qué te apetece?

—No sé… Cualquier cosa… Tengo tanta hambre que me comería una cáscara de plátano… frita…

—¿Y ancas de rana a la plancha? ¿Y saltamontes crujientes con miel? ¿Cola de lagarto con salsa de almendras? ¿Muslos de gaviota en su jugo? ¡Es lo más!

En ese momento se abrió la puerta y entró mi padre.

—¡Ha llegado la cena! ¡Rica cena para todos! ¡Viva san Viernes!

Traía dos cajas gigantes de *pizza* y una bolsita de plástico con algo más.

—Braulio, quita tus cosas de la mesa… Vengo con un agujero en el estómago y he de taponarlo lo antes posible.

Retiré mis cosas y las coloqué en su sofá. Yo tenía más hambre que él. Seguro…

—Estupendo… Iba a hacer otra cosa, pero ya veo que ha llegado el pizzero. Aunque, si te digo la verdad, no sé cómo le va a sentar la *pizza* al niño, tal como tiene la barriga —dijo mi madre.

—Vacía. La tengo vacía. ¿Pongo el hule en la mesa?

—¡Aquí está ya! —Apareció Clara con el hule y lo colocó cuidadosamente, estirándolo bien.

—Has olido la *pizza* desde tu cuarto, ¿eh? Bueno, pues nada… Esto por aquí —y puso las cajas en la mesa— y esto por allá. —Y llevó la bolsita de plástico a la terraza, poniéndola al lado de la jaula de Nosé.

—¡Al ataque! —grité yo, y me senté el primero, mientras mi madre estaba poniendo vasos y servilletas.

Durante un buen rato nadie dijo ni pío. La *pizza* aplaca los nervios y los

estómagos…

—Y ahora, vamos a redondear la faena… —Se levantó mi padre—. Ven conmigo, Braulio… Bueno, puede venir el que quiera.

Todos seguimos a mi padre a la terraza.

—Pobre pájaro… No tiene agua, no tiene comida, no tiene compañía, se ha asustado, lleva un mal día… Pero todo tiene solución.

Y se puso a sacar lo que había traído en la bolsa.

—Comida para periquitos… y un espejito. Braulio, saca el bebedero y échale agua…

Al rato, Nosé estaba comiendo, y todos tan tranquilos. La cosa iba viento en popa a toda vela…

Cuando nos fuimos a acostar, mi padre metió la jaula en el salón.

—Es para evitar tentaciones, por si algún pajarraco hambriento quiere venir a hacer de las suyas.

Mi madre puso mala cara, pero la cosa no pasó de ahí, y el periquito se quedó en el columpio cuando yo me fui a la cama. Mirándose en el espejito que tenía a la altura de su cara.

Parecía muy temprano por la mañana cuando me desperté.

—¡Clo-clo-clo-clo-clo-cló!

—¡Clo-clo!

—¡Clo-clo-clo-clo-clo-cló!

—¡Clo!

Abrí la ventana y miré a la calle. Eran tres gaviotas que agitaban las alas de vez en cuando. Como si estuvieran charlando en el césped, junto a las palmeras.

—¡Clo-clo-clo-clo-clo-cló!

—¡Clo-clo!

—¡Clac, clac!

Aquello ya me sonaba. ¿Una de ellas sería nuestra… «amiga»?

Era temprano, ya lo dije. Sábado, nadie por la calle.

Otra gaviota bajó al césped a hacer compañía a las tres que charlaban.

Llegó una mujer con su carrito, la que barre la calle, y las gaviotas dieron unos cuantos pasos y salieron volando.

—¡Clac, clac!

Una gaviota pasó cerca de mi ventana. ¿Estaría buscando la jaula? ¡Pues se llevaría un chasco! ¿Qué memoria tiene una gaviota? ¿Se acordaría de mí, de la jaula, del piso en donde vivimos, de Nosé?

Me fui al salón. Nadie se había levantado. Eché una ojeada al pájaro. Estaba muy quieto. Probablemente dormido. ¿Cuánto duerme un pájaro? No me atreví a sacar la jaula a la terraza.

Recordaba que mi madre tenía una lata con fotos del año de la pera en un mueble del salón. Así que busqué.

—¡Ajajá! ¡Aquí está!

Empecé a sacar y mirar fotos. Las había de toda la familia. Pero a mí primero me interesaban las de los abuelos de mi madre. Eran las que estaban debajo de todo. En blanco y negro. Algo amarillentas. Sabía que eran ellos porque mi madre me las había enseñado algunas veces. Y detrás ponía: mis abuelos.

Un hombre no muy alto, mayor, con poco pelo, ese era mi bisabuelo Jacint, y una mujer también mayor, con media melenita algo ondulada: Lola.

Ya había pintado la cara de mi bisabuelo materno, y estaba con la de mi bisabuela, cuando apareció mi madre.

—Muy listo… ¿Cómo sabías dónde las guardaba?

—No era tan difícil.



—Tu bisabuelo Jacint era de Caldas de Montbuy, un pueblo cerca de Barcelona, y tu bisabuela Lola, de Marchena, en Sevilla. Hicieron siempre muy buenas migas. Tu bisabuela cantaba que daba gusto oírla. Cuando yo era pequeña, y ella sería como ahí, en la foto, todavía lo hacía bastante bien, y a mi abuelo se le caía la baba oyéndola. ¡Qué bueno! Como Juanita Reina, o mejor… Tenía verdadero talento… Mi abuelo Jacint también tenía su gracia. A veces me hablaba en catalán, o me cantaba también alguna canción en su lengua materna. A ver si me acuerdo…

—¿Qué te parece, voy bien?

—¡Perfecto! Te va a quedar divino de la muerte.

—¿Y tus abuelos maternos? ¿Tienes fotos?

Mi madre sacó un montón de fotos de la lata y separó dos.

—Ahora me acuerdo de la canción que me cantaba el abuelo Jacint. «Per a sant Antoni grans balles hi ha, per a sant Maurici tot el poble hi va… ¡Tra

lara la, lara la la, tra la lara la, tra-la-la-ra-lá! ¡Tra lara la, lara la la, tra la lara la, tra-la-la-ra-lá!». ¿Qué te parece?

—No he entendido mucho, la verdad. Algo de san Antonio y algo de san Mauricio, creo…

—¿Pero a que suena bien? —Y siguió sin dejarme contestar—. Este era mi abuelo Iñaki, que nació en Irún, y esta, mi abuela Julita, de Valdepeñas.

—¿Dónde está Valdepeñas? Es por si me pregunta la seño.

—Por Ciudad Real. En La Mancha, por allí andaba don Quijote. ¿No me dijiste que habíais leído algo del libro?

—Un poco.

—Mi abuelo Iñaki también cantaba con mucha gracia. Y me acuerdo perfectamente. Escucha: «Aldapeko sagarrarra adarraren, puntan; puntaren punta, txoria zegoen kantarí… Txiruliruli, txiruliruli… Nork dantza tu kootedu soiñutxuori? Txiruliruli, txiruliruli… Nork dantza tu kootedu soiñutxuori». ¿Qué tal?

—Perdido, no me he enterado de nada.

—Ahora te lo traduzco. Y te va a gustar; escucha: «En lo alto del manzano hay un pajarito, un pajarito, que sin cesar va cantando así: txirulirulí, txirulirulí…». Etcétera, etcétera, etcétera.

—Lo de «etcétera, etcétera, etcétera» suena muy bien —dijo mi padre, que había estado detrás de ella escuchando—. El periquito jamás cantará así, de modo que no va a ser capaz de aprendérsela. ¿Habéis visto cómo está?

—Jacint y Lola tuvieron un hijo, Félix: mi padre. Porque eran tan felices que decidieron ponerle Félix a su hijo, que fue el único. Iñaki y Julita tuvieron una hija, también la única, que se llamó Begoña: mi madre.

Mi madre volvió a meter la mano en la lata y sacó una foto de otra pareja. Él debía de medir un metro ochenta y tenía mucho pelo, peinado hacia atrás, y ella tampoco era bajita, aunque solo le llegaba al hombro. Me fijé bien.

—Solo pinto las caras y anoto los nombres debajo. Es así, ¿no?

—Te está quedando bordado. ¡Qué alegría me das! —comentó mi madre.

—Pero no sé las fechas de nacimiento de ninguno.

—Iré pensando y luego te las diré, si me acuerdo. Voy a ver si encuentro fotos de mis padres y de los de tu padre.

—¡Clara! ¿Estás levantada? —preguntó mi padre.

—¡Voy! —Se oyó su voz como si estuviera en el inframundo o más allá.

—Hay que ir a comprar el pan y, de paso, echar las cajas de las *pizzas* y la de las botas en el contenedor azul. ¿Vas tú?

—No estoy arreglada. ¿Por qué no va Braulio?

—Sí, por favor, yo puedo ir…, yo quiero ir… Nunca me dejáis… Quintín es el que compra el pan en su casa.

—¡Te puede pasar cualquier cosa…! ¿Qué sé yo? —replicó mi madre.

—Soy pequeño, ¿verdad? Es eso, ¿verdad? ¡Pero voy a cumplir once años en poco más de un mes…!

—Está bien. Tienes razón. ¡Toma! —Y mi madre me dio un billete de diez euros—. Compra dos *baguettes* para desayunar y cinco molletes de los pequeños, de los que vienen en una bolsa por un euro. Ten cuidado al cruzar.

Bueno, parecía que la cosa funcionaba. Me estaban empezando a tener en cuenta en mi casa. Lo de los once años estuvo bien.

Salí a la calle con las cajas de *pizza* y la de las botas. Me crucé con el vecino del octavo D, el Mudito, el que nunca saluda. Solo habla con el perro. Ya volvía de llevarlo a dar su paseo. A mí ni me miró, como si no existiera.

Eché las cajas en el contenedor azul y dos minutos después salía de la panadería con mi bolsa de pan calentito, que daba gusto olerlo.

Fue entonces cuando lo oí.

—¡Clac, clac!

Miré hacia todos lados. Y la vi.

La gaviota malvada venía volando hacia mí. Y detrás de ella bajaban por lo menos diez gaviotas con las mismas intenciones que la primera.

¡A por mí! Y se fueron posando a mi alrededor.

¡No tenía escapatoria! ¡Estaba rodeado de gaviotas! Y no había nadie en toda la calle. Nadie que me pudiera echar una mano.

Me quedé paralizado. Si me atacaban todas a la vez, no podría defenderme. Ni cogiendo las *baguettes* y atizándoles con ellas como si fueran dos porras o dos espadas.

Eso que tú ya has sentido

y tienes si no has comido.

Recordé una adivinanza que había leído, ahora no importa en qué libro. Porque me dio la idea, que es lo importante.

En vez de ponerme a pegarles trastazos a las gaviotas con las *baguettes*, me puse a partirlas y a echarles trozos de pan lo más lejos posible.

¡Lo conseguí!

Y ahora que nadie me venga diciendo que no hay que echar comida a los patos ni a los peces, ni a las gaviotas.

Me quedé sin *baguettes*, pero se fueron alejando, peleándose por los trozos de pan. Luego hice trocitos con los molletes y salí por piernas, otra vez hacia la panadería.

Cuando volví a pasar por la zona de césped no quedaba ni una gaviota.

¡Euforia!, (que tiene las cinco vocales).



9

LLEGUÉ EUFÓRICO a casa. Mi padre me estaba esperando en el pasillo, junto a la puerta, que mantenía abierta.

—Chócala, campeón. Entra.

Le choqué la mano, sin saber muy bien de qué iba aquello, y entré delante de él al salón.

—Te he visto. Saqué a Nosé a la terraza y te he visto. Has hecho muy bien en no pelearte con las gaviotas, ni salir corriendo. Si hubieras luchado, llevabas las de perder y, si hubieras huido, también. Esas gaviotas están salvajes y, sobre todo, muy hambrientas.

—En cuanto terminamos el recreo bajan al patio del colegio a comerse los restos de los bocadillos, o lo que se le cae a cualquiera y lo deja en el suelo. Solo una vez vi una en el patio en la hora del recreo, pero don Materno, el profe de Educación Física, la espantó corriendo y gritando más que ella.

—La vida, hijo… Nosotros nos comemos sus peces, y ellas tienen que buscarse la comida como sea. Se adaptan… El hombre casi siempre es el culpable de lo que pasa en el medio.

—Toma la vuelta, mamá. Lo siento. —Y le di las monedas sobrantes.

—No te preocupes. Afortunadamente has reaccionado con cabeza y no te has dejado llevar por el pánico. Tu padre me ha contado el principio, y yo también he visto el final.

—Te digo una cosa… Habría que hacer algo… no se me ocurre qué…, con las gaviotas, porque se están volviendo muy agresivas. Cualquier día pasa algo… A un niño, a una persona mayor… o provocan un accidente de tráfico.

—Díselo a tu amiga, la alcaldesa —le contestó mi madre, a la vez que colocaba las tazas sobre la mesa.

—La alcaldesa no es mi amiga… Simplemente la conozco, porque fue hace poco al instituto, pero nada más. No creo que ella sepa qué se puede hacer con las gaviotas. En todo caso, habría que hablar con el concejal de Medio Ambiente o con la consejería de la Junta. Los pájaros están sufriendo mucho en los últimos años, nos estamos cargando su hábitat.

—Como todo…

Terminamos de desayunar, quitamos las cosas, incluido el hule, y yo volví a poner mi cartulina y mis lápices sobre la mesa.

—A ver… Me gusta… Sí, me gusta… Pero llevas más trabajada la parte de tus bisabuelos por parte de tu madre que por la mía.

—Es que ella me ha dado fotos. Tiene una lata llena.

—Ya. Pero yo las tengo en el móvil. Prepárate.

A media mañana el árbol genealógico ya estaba muy adelantado. Papá me había enseñado las fotos de sus abuelos, y los dibujé en su sitio correspondiente.

—Este es mi padre, tu abuelo Bartolomé, que nació en Alcobendas, y esta es tu abuela Dionisia, de Murcia.

—Te pareces mucho a tu padre, papá.

—Sí, cada día, más. A ti te pasará también cuando te vayas haciendo mayor… De tal palo, tal astilla; fíjate que era calvo. Espero que tú tengas más suerte y te parezcas en eso a tu madre. Así tendrás toda tu vida una cabellera estupenda, como ella… De todos modos, tú te pareces más a ella que a mí…

—Fechas de nacimiento. Me faltan las fechas de nacimiento…

—Ya, y las de defunción. Porque solo vive tu abuela Dionisia, en la residencia de Alcobendas. Te has quedado muy pronto sin abuelos. Mala suerte, porque todos te conocieron, pero…

Mi padre me fue dictando las fechas, y las fui anotando a lápiz, entre paréntesis. Luego mi madre me dijo otras, las que se acordaba, porque no sabía cuándo habían nacido sus propios abuelos, o sea, mis bisabuelos.

—Tu hermana tiene dieciséis años, así que haz la cuenta y sabrás cuándo nació. Y tú, lo mismo. Naciste hace once años escasos. Falta poco para tu cumple. Y del periquito no soy capaz de sugerirte qué edad pueda tener. ¿Un año, quizás? Ni idea. Es joven, eso sí. Te lo digo por estos bultitos que tiene

sobre el pico.

—Pon el año pasado. O este, lo que te parezca. Nadie te lo va a discutir. A no ser que aparezca su auténtico dueño o dueña —intervino mi madre.

—Nadie, nadie lo sabe. Nadie ha contestado por Twitter, ni por Instagram, aunque colgué la foto ayer. ¡Es raro! —Entró mi hermana con el móvil en la mano—. Ni por wasap tampoco. Alguien tiene que saber algo… Me extraña mucho… La gente está al loro…

—Pero no al periquito…, me da la impresión —respondió mi padre.

—A lo mejor su dueña es una viejecita con moño… —recordé yo.

—Y gafas redondas, una abuelita de ochenta y ocho años que no tiene ordenador, ni móvil, y lleva un aparato en cada oreja para poder oír mejor. Pero no se lo ha puesto y no se entera de nada.

—Como el lobo, sí, Caperucita… —completó mi padre.

—Ahora que yo os digo una cosa: hay viejecitas de ochenta y ocho años que usan ordenador, entran en Facebook, Twitter, y hasta en Instragram, y no veas cómo se lo pasan… Se mueven con soltura entre sus grupos de amigos por wasap, y no se pierden una… Tengo varias en mi clase de pintura que lo hacen como ya quisiera alguno… Las viejecitas de hoy no pierden puntada… —dijo mi madre.

—Y las muchachitas y muchachitos de hoy no saben dar una puntada, porque nadie les ha enseñado a coser… El mundo ha cambiado… y dudo mucho que sea para bien… —replicó mi padre.

—Begoña, vuestra abuela Begoña —estuvo atenta mi madre—, era modista, como la madre de Gloria Fuertes. Por eso yo sé coser, pero no es que practique mucho, la verdad. Lo mío es la pintura. Voy a ser la nueva Berthe Morisot…

En ese momento sonó el teléfono. Era Quintín. Yo lo cogí, en vista de que nadie se movió. Tapé el auricular y pregunté.

—¿Puedo ir un rato con los patines a la calle?

—¿Qué te queda del árbol?

—Retocar un poco, completar algunas cosas, rellenar las ramas con algunas hojas… Poco. Lo puedo terminar después de comer. Está casi listo… ¿Puedo?

—Llévate una pistola de agua, por si aparece tu «amiga» —sugirió mi padre—. Un buen chorro de agua echa para atrás a cualquiera. Incluso a una gaviota gigante y arisca. O una *baguette*…, las *baguettes* son muy útiles…

—¡Venga, papá! ¿Puedo?

Finalmente me dejaron. Así que le dije a Quintín que nos encontraríamos en el portal en cuanto me pusiera los patines, las rodilleras, las coderas y el casco.

—¡Ten cuidado! ¡No vayas como un loco! ¡Poquito a poco!

Quintín me esperaba en el portal con la bici. Con la bici es un fenómeno. Pero yo también lo soy con los patines. Y parezco más alto. Una cuarta, por lo menos.

—Vamos al paseo marítimo…

—Bueno… Está cerca. Por allí se rueda muy bien.

Llegamos al paseo sin contratiempos. Había bastantes personas caminando de un lado para otro. Y niños con bicis y patines. Y gente corriendo.

Todos no eran extranjeros, pero muchos, sí. También la mayoría de los que estaban tranquilamente tumbados al sol, sobre la arena. Y los que tomaban algo en las terrazas. Las gaviotas se movían al fondo, en la zona donde rompían las olas. Había una bandada. Ese era su sitio. Ahí deberían quedarse, pensé.

—¡Sígueme! —me gritó Quintín, y se puso a pedalear con fuerza.

Yo eché a correr detrás de él.

Poco después, noté una sombra a mi espalda. Alguien bastante más alto que yo, sobre patines, me había alcanzado por detrás, y se colocó a mi lado. Pero con el casco no lo reconocí.

—¡Hola!

—¿Quién eres?

—¡Soy Lars! ¿A dónde vais?

—A ningún sitio. ¿No te duele la pierna?

—No me duele nada… Voy con vosotros. —Y se puso detrás de Quintín.

Alcanzamos a dos chicas que iban sin casco y bastante despacio con sus bicis.

—¡Hola! —las saludó Lars—. ¿Venís con nosotros?

—¡Guay, vale! —respondieron Charlize y Birgitta, y se pusieron detrás de mí. Ya éramos cinco. Todos de la misma clase.

Seguimos en fila un buen rato, hasta que Quintín se detuvo. Y todos nos paramos también, a su lado.

—¿Estás cansado? —preguntó Lars—. ¿Echamos una carrera?

Quintín no respondió. Había apoyado un pie en el suelo y miraba hacia el agua, hacia la zona por donde estaban las gaviotas.

—¿Patines contra bicis? —pregunté yo—. Llevamos las de perder… ¿Hasta dónde vamos?

—Hasta allí, donde está aquello que se ve negro.

—Son los de la tele local —dijo Birgitta—, los vimos antes. Están haciendo un programa.

—¡Tonto el último! —gritó Quintín, y se lanzó paseo marítimo adelante lo más deprisa posible.

Las chicas lo siguieron, y enseguida nos sacaban una buena ventaja. Lars consiguió alcanzarlas pronto, pero yo apenas iba recortando algunos metros. No me respondían las piernas como otras veces. Sería por lo de…

«¡Corre, Braulio, corre, no hagas el ridículo…! Como no las pilles, el lunes serás la comidilla del cole —iba pensando sin parar de patinar—. Se van a burlar hasta los niños de primero».

Iba lo más rápido que podía, pero no podía más. Veía a Quintín y a Lars al fondo, donde estaba la pantalla negra, o lo que fuera. Habían llegado ya, y yo aún patinaba por detrás de Birgitta y Clarize.

Y entonces ocurrió. Aunque no lo supe todo en ese momento. Me tuve que enterar por la tele. En el telediario local de las nueve.

La bandada de gaviotas que estaba en la orilla se echó a volar, superando la zona de arena, en dirección a nosotros tres.

Yo las descubrí un poco tarde, porque iba a lo mío, esforzándome para alcanzar a las chicas.

Las gaviotas se lanzaron en picado sobre Birgitta y Clarize. Fue cuando me di cuenta de lo que hacían. ¡Las atacaban a ellas porque no llevaban casco! No se atrevían conmigo porque yo sí lo llevaba.

Sin pensármelo dos veces, me quité la codera del brazo izquierdo, y me lancé contra la gaviota que atacaba a Birgitta atizándole en el pico. Luego seguí dando coderazos a todas las que venían hacia nosotros…

Eran por lo menos diez o doce. No podría con tantas. Pero estaba lanzado… Ya me había hartado de las gaviotas y los gaviotos…

Por suerte para nosotros, algunos camareros de los chiringuitos salieron con escobas, y la gente encontró estacas en la playa que utilizaban para espantarlas. Dicen que aquello parecía una batalla, pero vamos… Tampoco fue para tanto.

Yo di la cara por las chicas, sí. Me atreví a defenderlas. Primero, yo solo; yo, con la codera… Birgitta y Clarize lo pasaron muy mal. ¡Menudo susto!

Cuando las gaviotas desaparecieron del mapa, llegaron los de las cámaras de televisión y nos hicieron una entrevista. Nunca había hablado por un micrófono.

—No os preocupéis. Pediremos permiso a vuestros padres para sacaros en la tele… —dijeron—. Las gaviotas están muy raras últimamente…

—Y hambrientas —añadí yo.

—¿Sabes que eres un héroe? —me preguntó Birgitta.

—Eres grande, pequeño —me dijo el de la cámara. ¿Cuántos años tienes?

—Diez, casi once; los cumplo el 7 de julio.

—Pues feliz cumpleaños por adelantado, pequeño-gran héroe…



10

EN CASA ya sabían lo que había pasado. Los de la tele habían llamado a mi padre y hasta le habían mandado un vídeo pidiéndole permiso para publicarlo en las noticias de la noche.

—¡Hombre, aquí está nuestro héroe! —me saludó mi padre—. ¡El defensor de las chicas…! ¡Y solo con una codera! Ni Supermán en sus mejores tiempos lo hubiera hecho mejor… Les he dado permiso para que te saquen en las noticias. Te vas a hacer famoso.

—¿Estás bien? —se preocupó mi madre.

—Sudando como un pollo… Voy a ducharme —dije sacándome el casco.

Me quité los patines, las coderas y las rodilleras, y lo guardé todo en su bolsa, que metí en mi armario.

—Lo importante es que a nadie le ha pasado nada —dijo mi madre.

—Acabo de recibir un wasap de Bea. Estaba en el paseo marítimo y se ha enterado de todo. Dice que eres un tío… —Llegó Clara enseñando el móvil.

—Sí, el tiovivo…

Entonces sonó el teléfono de casa.

La madre de Charlize, para dar las gracias porque había salvado a su hija de los picotazos de las gaviotas.

Tuve que ponerme al teléfono para no ser maleducado. Decía que era un chico fenomenal, que me había comportado como un hombre, y todas esas cosas… Que otro hubiera salido corriendo y hubiera dejado a las niñas allí…

—Gracias, de verdad…

No había hecho más que colgar cuando volvió a sonar el teléfono. La madre de Birgitta. Lo mismo. ¿De dónde habrían sacado el número? Seguramente de hace dos años o así, cuando celebrábamos los cumpleaños y nos juntábamos muchos de la clase. Ellas iban, me acuerdo bien.

Al momento volvió a sonar. La madre de Quintín, preguntando si estaba bien, que su niño se lo había contado todo y que yo era un chico estupendo, ya lo sabía, por eso le gustaba que fuera amigo de su hijo… Que también podría haber hecho algo, pero, vale, ya pasó… Ocurrió algo lejos de donde se encontraba él.

—Me alegro de que estés bien, y las niñas, también.

No habían pasado ni dos minutos, cuando sonó de nuevo.

—¡Cógelo, seguro que es para ti! —Mi madre señaló el auricular.

—¿Otra vez? ¡Cógelo tú, anda!

Mi madre descolgó el teléfono, escuchó unos segundos, lo tapó para que quien estuviera al otro lado no se enterase de nuestra conversación y me hizo señas para que me acercara.

—La madre de Lars, el niño sueco… Él también estaba, ¿no? ¡Ponte!

Igual que la madre de Quintín, casi calcado. Yo no sabía qué decir. Solo «¡gracias!, ¡gracias!, ¡gracias!».

—Bien —dijo mi padre de pronto—. Para celebrar que nuestro Braulio se acaba de convertir en un verdadero héroe, y para que nos dejen tranquilos con el teléfono, vamos a irnos a comer fuera.

—¡Fantástico! —gritó Clara.

—A cualquier sitio, menos al paseo marítimo —dije yo.

—De acuerdo. Cogemos el coche y nos vamos por ahí…

El resto de la tarde mantuvimos el teléfono descolgado, y yo aproveché para terminar mi árbol genealógico. La cara de mi hermana me salió fantástica, luego lo reconoció. Y la jaula con el periquito, ¡para qué!

Cuando estaba empezando a oscurecer, los llamé a todos.

—¡Señoras y señores, jovencitas de dieciséis años, periquitos blanquiazules, moscas familiares y mosquitos vampiros, tengo el gusto de presentarles el árbol genealógico de la familia más guay del planeta! ¡Ta-ta-ta-chán! —Y lo levanté para que lo vieran bien.

—¡Formidable! —gritó mi padre, y todos aplaudieron.

Mi madre lo cogió y lo puso en la mesa para verlo mejor. Ella es la artista de la casa, así que nadie como ella para darle una nota.

—¡Un diez! Si no sacas un diez o un once iré a hablar con esa señorita de

los pelos rojos, como Van Gogh, y le cortaré la oreja izquierda. ¡Es un trabajo increíble! ¡No creo que yo lo hubiera hecho tan perfecto! Se ve que lo has trabajado con cariño y con ganas. ¡Tú eres mi héroe, mi auténtico héroe! ¡Ven que te dé un achuchón!

—¿Y yo? ¿No era yo tu héroe? —protestó mi padre—. ¡Yo también quiero un achuchoncito, aunque esté calvito!

Sonó el móvil de mi padre interrumpiendo el abrazo familiar. Eran de la tele. Que iba a salir en las noticias a partir de las nueve. La pusimos y le dimos a «grabar».

«Esta mañana, en nuestro paseo marítimo se ha producido un suceso que no tenía que haber ocurrido nunca. Un grupo de gaviotas atacó a dos niñas que iban paseando tranquilamente en bicicleta. No llevaban casco, y las aves, casi tan grandes como ellas, sobrevolaban sus cabezas con la intención de atacarlas, como puede comprobarse en la grabación. Porque nuestras cámaras estaban allí y lo filmaron todo.

»Un niño más o menos de su edad, que iba en patines, las defendió con una codera, librándolas de un susto y quién sabe si de alguna herida de consideración… Este tipo de hechos no debería producirse jamás. Pero es cierto que la culpa es un poco de todos… Estamos apoderándonos de su alimento, andamos invadiendo su hábitat, y ellas no están de buen humor precisamente.

»Y aquí tenemos al jovencísimo héroe que se batió con las gaviotas salvajes hasta que llegaron otras personas y terminaron de poner en fuga a las aves».

He visto y he oído la grabación unas cuantas veces. Hasta Nosé la ha visto y se la debe de saber de memoria.

Descolgamos el teléfono otra vez. Por si acaso. Y mis padres pusieron sus móviles en silencio. Clara venía y hacía gestos cada dos por tres señalando su móvil.

—¡Estás en las redes! Hay cientos de «me gusta», y dentro de poco habrá miles, o millones… ¡Quién sabe! Te vas a hacer más famoso que…

—Deja a tu hermano tranquilo…

—Pero mamá… ¡Es un héroe! ¡Lo dice el mundo entero!

—Lo sabemos, y estamos orgullosos de él. El pequeño se ha hecho grande de pronto…

También el domingo tuvimos que mantener descolgado el teléfono; y mis padres, sus móviles en silencio. Solo Clara asomaba la cabeza de vez en cuando al salón para hacer gestos como diciendo: «¡no veas!» o «¡qué fuerte!».

El lunes salí de casa para ir al colegio con mi árbol genealógico enrollado y la mochila a la espalda. Cuando llegué al ascensor, la puerta se abrió y salió mi vecino, el Mudito, que volvía de pasear al perro.

—¡Hombre, Claudio, el héroe del barrio! —¡me habló!—, ¡enhorabuena por lo que hiciste ayer! Eres un buen chico, lo he dicho siempre…

¿Lo ha dicho siempre? ¿A quién? A mí, no, desde luego… Era la primera vez que me hablaba en tres años.

—¡Gracias, pero me llamo Braulio! —respondí, fuerte pero educadamente.

—Sí, sí, de nada, Claudio, no hace falta que chilles, te he oído perfectamente. —Y se fue derecho hacia su puerta, mientras yo entraba en el ascensor.

Cuando llegué al colegio me di cuenta de que pasaba algo. Un grupo de madres y niños estaban reunidos en la puerta, taponándola. Intenté colarme entre ellos, pero no me dejaban.

—¡Bien hecho, Braulio! —se pusieron a gritar y a aplaudir, y a mí se me ponían los pelos de punta, y no sabía qué hacer ni qué decir—. ¡Bravo!

Por fin entré y me puse el último en mi fila. Birgitta vino hacia mí y me dio un beso. Charlize, otro. ¡Pero bueno…!

—¡Brau-lio, Brau-lio, Brau-lio! —se pusieron a gritar a coro—. Solo Roque estaba callado, mirando al suelo.

—¿Qué pasa hoy? —preguntó «Mírame a mí».

—¿No se ha enterado, seño? ¡Braulio es un héroe! —la informó Lars, y echamos a andar hacia la clase, mientras los de quinto B me hacían señas de triunfo con los dedos, y yo estaba engordando y creciendo por momentos. Me daba la impresión de medir tanto como Justin, o como Lars, casi como Yao Ming.

—Luego, en el recreo, me lo contáis. Ahora id poniendo cada cual su árbol genealógico sobre su mesa —dijo «Mírame a mí» cuando ya estábamos en clase.

—¿No se ha enterado de nada, seño? ¿No ve la tele local?

—Vivo a cuarenta kilómetros de aquí. Allí no llega la onda. Pero vamos a lo nuestro. Esta vez yo no voy a poner la nota. Todos pasaréis por la clase mirando los trabajos de los demás. Y en un papelito anónimo escribiréis dos nombres. El de los autores de los dos trabajos que más os gusten. No vale que sea tu amigo o no. Se trata de puntuar con cabeza y responsabilidad. ¿De acuerdo?

La idea parece que gustó, porque todos nos pusimos a pasear por la clase mirando los trabajos de los demás. Con un lápiz y un papel en la mano.

A mí me encantó el de Amelie y el de Nuria. También el de Quintín, pero menos. Así que anoté los dos nombres y me puse junto a mi árbol. Los demás seguían paseando por la clase. Aquello de pasear y charlar en clase era una novedad.

Yvonne se me acercó.

—Me gusta tu árbol. Está perfecto.

—Gracias, he trabajado duro.

—Y tienes un periquito idéntico al que tenía mi hermana Nicole. Ya no lo tiene. Alguno de nosotros tuvo que dejarle la puerta de la jaula abierta el otro día y ha desaparecido. Mi hermana lleva todo el fin de semana llorando sin parar. Era su mascota. Lo adoraba. Muchas veces lo cogía en sus manos abiertas, y el pájaro se sentía tan a gusto con ella, que ni se movía. Como si estuviera en un nido.

El corazón me dio un vuelco. Ya lo entendía todo.

—¡Cada mochuelo a su olivo! —dijo la profe—, pero pasando antes por mi mesa para dejar los papelitos doblados con los nombres junto a mi vaso de lápices.

—Ven para acá, Roque. Vas a ser mi ayudante.

—¿Yo?

—Sí. Tú. Ponte en la pizarra y anota los nombres y los votos que va sacando cada cual.

Gané yo. Pero no estaba feliz. La seño dijo un montón de cosas bonitas sobre mi trabajo. Le encantó que yo tuviera antepasados tan diversos: de Galicia, de Castilla y León, de Cataluña, del País Vasco, de Extremadura, de Castilla-La Mancha, de Andalucía, de Murcia y de Madrid.

—Un aplauso para Braulio. Tienes un diez. Aunque no eres el único. La mayoría de vosotros habéis trabajado mucho y bien.

Todos, o casi todos (no sé si Roque lo hizo), aplaudieron.

Pero yo no era feliz.

Durante el recreo la seño se fue enterando de lo que había pasado el sábado y me felicitó. También me felicitaron otros profesores y otros chicos de otros cursos.

Pero yo no era feliz.

De modo que fui a buscar a Yvonne. Estaba con Nicole, consolándola, en una esquina del patio.

—Lleva así desde el viernes. Lo está pasando fatal, la pobre.

—No llores más, Nicole. Me encontré tu periquito en la calle y lo recogí. Está bien. En mi casa. A mediodía, cuando salgamos, se lo decimos a tu madre y vamos a por él. Lo hemos cuidado como si fuera de la familia.

Fue entonces cuando Nicole se me abrazó llorando, y su hermana y yo también lloramos.

—Eres un héroe —me dijo.

—No sé…



Índice

Querido Lector

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10

Créditos

Para la explotación en el aula de este libro, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en nuestra web.

Edición en formato digital: 2022

© Del texto: Antonio A. Gómez Yebra, 2022
© De las ilustraciones: María Corredera, 2022
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN ebook: 978-84-698-9043-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.